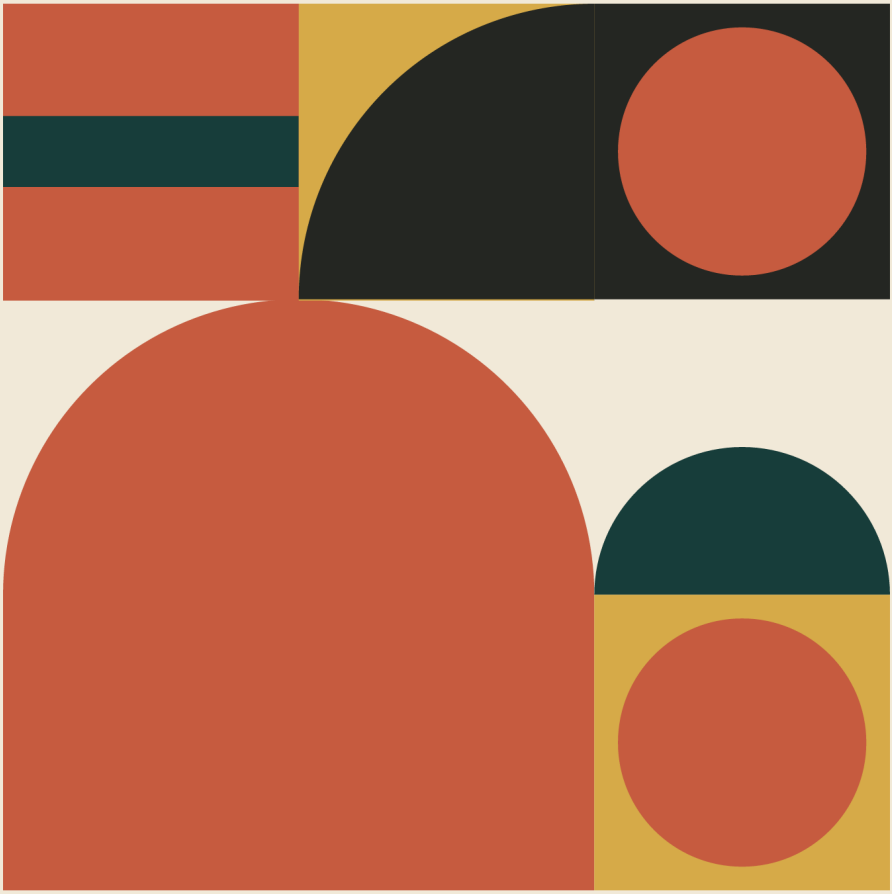
Félix Lope de Vega y Carpio

El galán Castrucho



GENIO MALIGNO

FÉLIX LOPE DE VEGA Y CARPIO

El galán Castrucho

GENIO MALIGNO

El galán Castrucho, de Félix Lope de Vega y Carpio.

Esta obra se encuentra en dominio público en la República Argentina (Ley 11.723). Última muerte relevante: 1635. Dominio público en Argentina desde el 1/1/1706.

Texto tomado de Wikisource en español: https://es.wikisource.org/wiki/El_gal%C3%A1n_Castrucho. La transcripción de Wikisource se distribuye bajo licencia Creative Commons Atribución-CompartirIgual 4.0.

Edición digital: Genio Maligno, biblioteca de dominio público. geniomaligno.com.ar

Elenco I

Los que hablan en ella son los siguientes:

ESCOBARILLO, que es BRISENA, dama.
FORTUNA.
BELTRANICO, que es LUCRECIA.
TEODORA, vieja.
CASTRUCHO.
DON HÉCTOR, capitán.

DON JORGE, alférez.
DON ÁLVARO, sargento.
CAMILO, criado.
BELARDO, soldado.
PRADELO, soldado.

GUZMÁN, soldado.
MENDOZA, soldado.
EL GENERAL DEL EJÉRCITO.
UN PAJE DEL GENERAL.
DON RODRIGO, maese de campo.

Acto I

DON ÁLVARO, sargento; DON JORGE, alférez.

ÁLVARO:

Vila, señor don Jorge, en una quinta
donde fuera del campo está alojada,
más hermosa que el sol cuando nos pinta
el alba de colores matizada;
una encarnada y venturosa cinta,
que a la mejilla hermosa y encarnada
hurtó el color, ceñida por su frente
a imitación del arrebol de Oriente.
Los ojos, yo no sé que fuesen ojos,
estrellas sí, ni aun pienso yo que estrellas,
que quien al Sol quitó sus rayos rojos
despreciará comparación con ellas.
Decir yo que mi alma por despojos
ceniza el corazón de sus centellas
llenaron, y quedó, será un lenguaje

tan ordinario que su cielo ultraje.
Suspendime, lleveme, quedé muerto;
viví, torné a morir, estoy sin alma;
ya con bonanza voy seguro al puerto,
ya me detiene la esperanza en calma;
alegre y triste estoy, dudoso y cierto,
mil esperanzas ya me dan la palma,
mil miedos me la quitan, y sin celos,
de celos muero y quéjome a los cielos.

JORGE:

Por Dios, señor Sargento, que no hubiera
pintado algún poeta en diez canciones,
cuando a su dama dilatar quisiera
del estrellado Plaustro a los Triones,
tan bien su perfección, aunque estuviera
tres meses castigando sus borrones,
y que de sólo oíros vuestro cuento
me habéis enamorado el pensamiento.
En efeto, la dama es forastera
¿qué digo forastera? Es castellana,
que aquí en el campo nuestro y donde quiera
se lleva, como Venus, la manzana.
Dichoso habéis andado, y de manera
que ya la Envidia fiera e inhumana
os sigue por los pasos que habéis dado;
pero tenéis, don Álvaro, mi lado.

Mirad si de mis prendas y vestidos
halláis alguna cosa que ofrecella;
sean esos baúles descogidos,
que alguna gala habrá que guste della;
mis criados tendréis apercebidos
para servilla, para andar con ella;
mi alojamiento siempre estará a punto,
que con su dueño os sirve todo junto.

ÁLVARO:

Beso, señor Alférez, vuestras manos,
que basta ser los dos de una bandera
y casi de una tierra, y castellanos,
para hacerme merced de esa manera,
que de vuestros respetos cortesanos
no menos liberal valor se espera,
y mayormente para mí, que he sido
yedra que en vuestros muros he crecido.
El día que yo vi, volviendo al cuento,
esta dama gentil, esta hermosura,
vi detrás della un negro paramento
y una fantasma de la noche obscura:
una vieja, señor, bebiendo el viento,
que cual suele la sombra en la pintura
parecía detrás del ángel bello
junto al realce y luces del cabello.
Vi mal agüero en ella.

JORGE:

¿Y halo sido?

ÁLVARO:

¡Y cómo si lo fue! Porque es la hembra
de mayor interés que ha producido
el más villano que la tierra siembra;
no hay pez, apenas en la red caído,
cuando parte por parte lo desmiembra
sacándole el dinero con los sesos
de la menor medula de sus huesos.
Tiene unos ojos vivos, que parece
que como dos lancetas los aguza;
de día duerme, en viendo que anochece
sale como murciélago o lechuza;
no que a maitines con los frailes rece,
porque entre once y doce ronda y cruza
los cuerpos del real, adonde había
los cuerpos del motín del otro día.

ÁLVARO:

Flacas las dos inútiles quijadas,
desgarrados los labios de la boca,
altas las negras cejas, y tiznadas,
y en ellas una reverenda toca;
las manos de raíces y doradas
del oro y plata que recibe y toca;
los pechos hasta el vientre, que hay en ellos

para cuatro corcovas de camellos.
Quien no la ve haldeando por la calle
no ha visto posta ni serpiente ha visto
cuando la cola aciertan a pisalle
como aquesta tercera de Calisto;
sustenta, en fin, su envejecido talle
con almidón, sustancias, farro y pisto,
y a mi costa también parte sustenta,
que como el cardo y pago la pimienta.
Una merced quisiera suplicaros
pero, por Dios, señor, que no me atrevo
porque...

JORGE:

No más, que en todo el obligaros
es lo que siempre a los amigos debo;
decid luego lo que es.

ÁLVARO:

Temo enojaros.

JORGE:

Antes agora me enojáis de nuevo,
porque habéis de obligarme con mandarme.

ÁLVARO:

Vuestro valor me obliga a aventurarme:
aquel vestido con que el otro día,
de nuestro Emperador en la presencia,

metistes vuestra guarda y compañía
la llevaré como me deis licencia,
que me ha pedido alguna gala mía
para cierto disfraz o impertinencia
y hanme dejado un once y don Onofre
vacio de ropa y lleno de aire el cofre.
Perdí las dos sortijas de la rifa,
la cadena perdí, perdí los ojos
con aquel alcorzado que se engrifa
copete y barba, y mira con antojos.

JORGE:

Quien con aquese mal trapillo rifa
merece tales pérdidas y enojos;
pésame, por mi fe, que hayáis perdido,
mas quiero hacer que os traigan el vestido.
¡Camilo! ¡Hola, Camilo!

(Entre CAMILO, criado del Alférez.)

CAMILO:

¿Qué me mandas?

JORGE:

¿Dónde estabas?

CAMILO:

Aquí, con dos soldados.

JORGE:

Siempre una legua a mis espaldas andas
entre mil bagajeros y criados.

¡El vestido de tela, el de las randas,
ya entiendes cuál!

CAMILO:

Ya entiendo.

JORGE:

Ansí doblados
calzones y ropilla saca luego.

ÁLVARO:

¿Y el capote y sombrero?

JORGE:

Nada os niego;
dale sombrero, plumas y capote.

CAMILO:

¿Con las piezas?

JORGE:

Con todo ¡mal criado!
que ayer era este bárbaro un guillote
y ya se iguala con cualquier soldado.

CAMILO:

(¡Qué liberal se muestra el marquesote!)

ÁLVARO:

Allá tengo mi paje embarazado;
con el vuestro me iré porque lo lleve.

JORGE:

Vaya en buen hora, que eso y más se os debe.

ÁLVARO:

Bésoos las manos.

JORGE:

Yo las vuestras: mira,
Camilo, que te vuelvas al momento.

ÁLVARO:

¡Qué gran nobleza! ¡Vive Dios que admira!

CAMILO:

Huelgo servir a mi señor Sargento.

(Váyanse DON ÁLVARO y CAMILO.)

JORGE:

¡Oh, vano amor, a cuyo cielo aspira
el juvenil ardiente pensamiento,
cual llevas el celebro deste mozo,
pobre de seso y rico de su gozo!
Será, si viene a mano, esta señora
alguna ninfa de color quebrado
que me deje en el término de un hora
de humor el vestidillo inficionado.
¡Oh, cuerpo de la pobre pecadora
que el alma de don Álvaro has robado,
trátame bien, si pueden oraciones,
las inocentes calzas que te pones!

(Entren el capitán DON HÉCTOR, y PRADELO y BELARDO, SOLDADOS.)

Mi capitán es aquél,
quiérole llegar a hablar.

HÉCTOR:

Basta, que el siete y llevar
me ha hecho tiro cruel;
quedose allá la cadena.

JORGE:

¡Oh, mi señor Capitán!
¿Dónde bueno?

HÉCTOR:

Hacia San Juan.

JORGE:

¿Qué lleva?

HÉCTOR:

Un poco de pena
y quiéromela pasar
oyendo una misa allí.
(¿Qué dije? No estoy en mí,
¿digo que voy a rezar
porque ya casi anochece?
¡Cuánto la cólera ciega!)

JORGE:

¿Cómo el capitán me niega
lo que de nuevo se ofrece?

BELARDO:

Ha perdido mil ducados
y un trencellín de diamantes.

JORGE:

En refriegas semejantes
tiene tres tantos ganados,
¿de qué se congoja agora?

BELARDO:

Ha perdido con un hombre
que a veces de oír su nombre
se encoleriza y azora.

JORGE:

¿No iríamos por ahí
a divertirnos un rato?

HÉCTOR:

¿Qué os ha dado de barato?

PRADELO:

Cuatro reales me dio a mí.

JORGE:

(¡Mirad con qué sale agora!)

HÉCTOR:

¿Y a ti qué te dio?

BELARDO:

Un real,
y no lo ha hecho muy mal,

que apostaré que le llora.

HÉCTOR:

¿Donde sólo había escudos
halló real que te dar?

BELARDO:

¿Cuándo le suelen faltar
dos doblones de menudos?
Que siempre, por si ganare,
trae las dos faltriqueras
llenas de veinte maneras
de menudillos que pare.
Con aquéstos da barato
el gallardo fanfarrón
ganando tanto doblón.

HÉCTOR:

Vamos a la plaza un rato.

JORGE:

Ya es tarde para la plaza
y mucho mejor iremos
a parte, donde podremos
levantar alguna caza,
que para el juego, Amor ciego
es la triaca mejor,
como también para amor
es la ceguedad del juego.

HÉCTOR:

¿Hay alguna novedad?

JORGE:

Una mozuela romana
hizo ayer tarde ventana
y por la noche amistad.
Vuesa merced la verá,
que si como el precio fuera,
a la Troyana venciera
y a Venus.

HÉCTOR:

¿A cómo va?

JORGE:

A ducientos españoles.

HÉCTOR:

¿Reales?

JORGE:

Escudos digo,
y en Roma a probar me obligo
que vendía caracoles.

HÉCTOR:

¡Qué caras que se nos venden!

JORGE:

Aun ya si tuvieran caras
pudieran venderse caras:
caras, sin caras ofenden.

HÉCTOR:

¿Estase la Milanesa
junto al muro?

JORGE:

Allá se está,
que por él se arrima ya
de flaca que se confiesa.
Doña Juanilla está loca
de que vino el Capitán.

HÉCTOR:

Ésa es gentil piedra imán
que se lleva lo que toca.
Gran cuartera es Madalena,
su hermana.

JORGE:

¡Grande, por Dios!

HÉCTOR:

Ayer sesteó con dos.

JORGE:

¡Oh, qué matraca!

HÉCTOR:

Y qué buena.
Pero ya la tiene a cuestas.

JORGE:

¿Cuándo?

HÉCTOR:

Anoche la llevó,
aunque hoy se me quejó
y le hice grandes fiestas.
Tarde es. ¿Cenaréis conmigo?
Porque, después de cenar,
nos vamos a pasear
o a jugar con don Rodrigo.
Pradelo, vete adelante
y dirás que a punto estén.

PRADELO:

¿Y vendré avisarte?

HÉCTOR:

Ven.

PRADELO:

¿Dónde?

HÉCTOR:

En casa de Violante.

(Vanse todos.)

(Entre FORTUNA, dama y TEODORA, vieja.)

TEODORA:

Hija, si de los viejos
no tomáis las costumbres que os enseñan
sus dichos y consejos,
y tan ligeramente se desdeñan

de vuestros pocos años
¡qué tarde lloraréis mis desengaños!
Que si cuando el tesoro
de ese cabello rubio convirtiere
en blanca plata el oro,
y en plata falsa, que ninguno quiere
aun dar por ella cobre,
por necedad y hacienda que le sobre;
y si cuando las rosas
de esos graciosos labios y mejillas,
gorditas y lustrosas,
se vieren como aquestas amarillas,
y los ojos hundidos
detrás de las narices consumidos;

TEODORA:

y si cuando los dientes
haciendo fueren horcas en la boca,
o cual ojos de puentes,
se viere la igualdad que agora apoca
las perlas ensartadas,
entre esos dos corales engastadas:
queréis hallar contentos,
queréis hallar amigos que os regalen
y que beban los vientos
porque con ellos su esperanza igualen,
y no la hallando abierta,

que os bañen de sus lágrimas la puerta.
¡Engáñase, bobilla!
¡Engáñase, bobaza, bobarrona,
flaquilla, lloroncilla,
que luego se amartela y apasiona!
¡Ah, mal haya un azote!

FORTUNA:

Madre, no se congoje ni alborote;
no tome pesadumbre.

TEODORA:

Sí quiero, y tú lo quieres, desdichada,
que aquesa ardiente lumbre
de blanca cera y juventud dorada
hasta el pabilo quemas,
y sin que el soplo de la muerte temas.

FORTUNA:

Ya hablamos de la muerte.

TEODORA:

¿Qué cosa es ésta, que una moza hermosa,
sana, gallarda y fuerte
a conquistar el mundo, poderosa,
perdida siga a un hombre
que...?

FORTUNA:

¿Qué tiene?

TEODORA:

¿Qué? ¿Aún quieres que le nombre?
Es un picaño, un feo,
un público rufián que te ha traído
a Italia con deseo
de comerte las carnes y el vestido,
que apenas tienes prenda
que no la coma, juegue, empeñe o venda.
¿A qué piensas que viene
al ejército agora este bellaco?
¿Por codicia que tiene
de hacerte rica en el primero saco?
¡Ay, qué mal que lo entiendes,
que sólo aguarda y cobra lo que vendes!
Tú aguardarás, cuitada,
que sobre desnudarte llegue el día
que alguna cuchillada
medida por los puntos de la mía,
te calce en esta cara,
que tiene en este muslo media vara.
Aguardas que te hiera,
aguardas que te mate y que se acoja.

FORTUNA:

¡Madre, si yo pudiera...!
¡Válame Dios, qué sin razón se enoja!

Dígame cómo puedo
huir deste hombre.

TEODORA:

Desechando el miedo.
Juntos están agora,
en aquestas villetas alojados,
de gente vencedora
mil capitanes, quince mil soldados,
y al primero que hables
hará en tu nombre hazañas memorables.
Que eres un angelito,
estás en tierra que una castellana
vale precio infinito,
y no habrá capitán, que cosa es llana,
que cual Leandro en esto,
no rompa el mar hasta llegar al sexto.

TEODORA:

Haréle, si tú quieres,
matar a palos y hacer cuartos luego,
que no hay por qué te alteres;
Santantón se le coma de mal fuego.
¡Ay, muchacha, muchacha!
Todas las más tenéis aquesa tacha:
amáis lo aborrecible,
lo amable aborrecéis, lo provechoso
decís que es insufrible;

buscáis lo feo, desdeñáis lo hermoso.
¿Qué son vuestros deseos?
¿Qué diablos os halláis en estos feos?
¡Mas ay, amigas mías,
estas cañas de azúcar os destruyen!
Porque de las vacías
¿cuáles son las valientes que no huyen?
¡Peregrino secreto,
pocas veces hallado en el discreto!

(Entre CAMILO, criado del Alférez, con el vestido.)

FORTUNA:

Aquí sube un hombre, madre.

TEODORA:

¡Ay, desdichada! Si es él,
fingir quiero un mal de madre,
que no has de salir con él
por el siglo de mi padre.

CAMILO:

¿Tengo licencia de entrar,
señora? Que os vengo a hablar
de parte de un caballero.

FORTUNA:

Entrad, señor, que no os quiero
oído y puerta negar.

CAMILO:

El Sargento me pidió
que os trajese este vestido.

FORTUNA:

¿No sois su criado?

CAMILO:

No.

FORTUNA:

¿Pues de quién?

CAMILO:

De otro he sido
que el vestido le prestó.

TEODORA:

A fe que sois declarado
o no venís avisado.

CAMILO:

¿Qué me habían de avisar?

TEODORA:

Que supiérades callar
que era el vestido prestado.
Mas yo ya entiendo la flor:
por no le dar, como es bueno,
quiere fingir el señor
que es ajeno, y si es ajeno
decid que pierda el temor,

que se guardará muy bien
y se volverá también.

CAMILO:

Pésame, por Dios, señora,
que en esa opinión agora
con nuestro Sargento estén
porque, vive Dios, que ha sido
del Alférez mi señor
y aun es agora el vestido,
que el Sargento os tiene amor,
mas ha jugado y perdido.
Esotro está de ganancia,
que es un hombre de importancia;
don Jorge tiene por nombre,
que es el más liberal hombre
que hay desde España hasta Francia.
Tiene joyas y cadenas,
telas, cortes y jubones;
sortijas, las manos llenas;
tiene muy pocas razones
pero las obras muy buenas.
Ayer me dio de barato
por sólo miralle un rato
tres doblones y un sombrero
con unas vueltas de acero
y un camafeo retrato.

Mirad ese vestidillo
y pues es de lo que empresta,
conoced el hombrecillo.

FORTUNA:

No he visto labor como ésta,
de velle me maravillo.

TEODORA:

¡Ay, hijos, qué ricas cosas!
Por cierto, linda labor,
guarnición rica y hermosa.
¡Qué galán es tu señor,
bobillo!

CAMILO:

(¡Oh, vieja raposa,
cómo se viene al dinero!)

TEODORA:

Dime ¿y ese caballero
sirve alguna dama aquí?
¿Está enamorado?

CAMILO:

Sí.

TEODORA:

¿De quién?

CAMILO:

Decírtelo quiero:
de una mujer que en Milán
le trujo cierto truhán,
que después que no la ve
no la hay que gusto le dé
de mil que en el campo han.
Aunque si él os viese a vos,
no hay duda que le tuviese,
porque yo os prometo a Dios
que más que un ciento os valiese
destos doblones de a dos.

CAMILO:

Que tenéis una carilla
tan hermosa y tan gordilla
que a mí, con ser un pobrete,
hasta el alma se me mete
y el corazón me aportilla,
y a fe que gaste con vos
mis tres escudos de paga
mejor que entrambos a dos.

TEODORA:

¡Ay, amigo, que se estraga
y es malo para la tos!
Pero ven acá, gallito,
barbirrubio, mozalbito,
¿en mí no podrás tener

cuatro ratos de placer?

CAMILO:

(¡Oh, muerte del apetito!)
Si me prestases la salsa
de tu hija hermosa y bella,
haciendo una sombra falsa
aún pudiera entrar con ella
sin ahogarme en tu balsa.
(¡Mas cómo de otra manera!
¡Qué cien azotes, qué palos!)

TEODORA:

Anda necio, considera
que saben nuestros regalos
hacer los diamantes cera.
¿Y es malo comer manido,
como el Príncipe y el Rey
es de las aves servido?

CAMILO:

No comprehende esa ley
a las aves de Cupido,
que es carne que no se cuece
y cuanto más tiesa ofrece
más sabroso gusto al gusto.

FORTUNA:

¿No es necio?

CAMILO:

A lo menos gusto
de aquello que me parece.

TEODORA:

Ea ya, abracemonós,
que yo apuesto que se haga
algún hijo entre los dos.

CAMILO:

¡Ay, amigo, que se estraga
y es malo para la tos!

TEODORA:

(¡Tomad si sabe pagarse!)

FORTUNA:

Madre, deje de burlarse
y sepa su alojamiento.

TEODORA:

No te entienda el pensamiento,
calla, que él vendrá a enredarse;
yo sé que ya está la liga
en parte que, poco a poco,
se enreda, prende y enliga.
¿Adónde te alojas, loco?

CAMILO:

En la Calle Nueva, amiga.

TEODORA:

Don Jorge, digo.

CAMILO:

También.

FORTUNA:

Madre, este vestido ten,
llévale a dentro, y el paje
al punto de aquí se abaje,
que viene acá riba...

CAMILO:

¿Quién?

TEODORA:

Muestra, esconderéle presto.

CAMILO:

¿Es el Sargento?

FORTUNA:

Si él fuera
¿qué se aventuraba en esto?

(Éntrese la vieja con el vestido y váyase CAMILO.)

CAMILO:

A Dios.

FORTUNA:

Bajad la escalera.
(Descolorida me he puesto.)
¿Cuándo, triste, querrá el cielo

que salga mi corazón
de sobresalto y recelo,
y del poder de un león
mi pecho de nieve y hielo?
Si ha visto el paje salir
o si le encuentra al subir,
a fe que el vestido pobre
nunca su dueño le cobre
ni se le vuelva a vestir.
(Entre el galán CASTRUCHO con bizarro calzón y coleto, un sombrero de halda grande, capotillo corto y su espada en las manos.)
¡Oh, mi bien! ¡Bien seas venido!
¿Qué traes? Llégate acá.
¡Por mi vida! ¿Qué has habido,
que me parece que está
tu rostro descolorido?
¿Quién te ha dado pesadumbre?
¿Quién entristece la lumbre
de los ojos de mi cara?
¿Perdiste?

CASTRUCHO:

¿No es cosa clara
y de mis manos costumbre?
¿Eso preguntas, Fortuna,
pese aquella de tu nombre?
Aunque, con serme importuna,

por tu respeto me asombre
decille blasfemia alguna.
Llegueme al cuerpo de guarda,
donde el mío despojé
en una gresca gallarda;
la cadenilla dejé
revuelta en la banda parda
y dejara el asadura,
que me dejó la ventura
cual me venga la salud.

FORTUNA:

Con gentil solicitud
nuestro remedio procura.
(La cadena me ha jugado.)

CASTRUCHO:

¿Qué murmuras entre dientes?

FORTUNA:

Digo que eres desdichado.

CASTRUCHO:

Cosa que los inocentes
paguen la vuelta del dado,
y si empiezo ¡vive Dios!
de no dejarte ni aun dos
en esa boca parlera.
¿Dónde está aquella hechicera?

FORTUNA:

(¡Malos años para vos!)
Guisándote de cenar
debe de andar. ¿Qué la quieres?

CASTRUCHO:

Pues bien la puedes llamar
porque hasta los alfileres
pienso esta noche jugar.
Vuesa merced adivine
que estoy picado, camine,
sáqueme cuanto tuviere
si a espaldarazos no quiere
que la tulla y arruine.
¿Qué me mira, relamida?
Camine ¡pesiá a Mahoma!
¿Que no quiere andar? ¡Por vida...!

FORTUNA:

No me pique.

CASTRUCHO:

Que la coma
y entre los dientes divida.

(Entre TEODORA.)

TEODORA:

¿Qué es esto, hijo? Detén
el brazo y cólera fiera.

Cuanto pidieres te den;
no ofendas de esa manera
los ojos que quieres bien.

CASTRUCHO:

Desvíese allá.

TEODORA:

¿Conmigo?
¿Pues en qué te ofendo, amigo?

CASTRUCHO:

Pero diga en qué me agrada.
¡Hágase allá, vieja honrada,
que la pasaré el ombligo!

TEODORA:

¡Válame Dios! No es posible
sino que has perdido.

CASTRUCHO:

Bueno.
¿No sabe que es imposible
dorarme a mí su veneno
con ese rostro apacible?
El barbero, aguja y hilo
la esperan por un estilo
si no hace luego alarde
de la venta desta tarde.
¿De qué lloras, cocodrilo?

Ea, pesia mi linaje,
venga de aquello que trujo
debajo del brazo el paje.

TEODORA:

¡Ay, qué gracioso dibujo
si fuera punta y encaje!
Venía a saber la hora
en que el Sargento pudiese
ver estos ojos que adora,
mas no que nada trujese,
por vida de Teodora.

CASTRUCHO:

¡Tengo de hacer un guisado
de su corazón picado
para que esta noche cene!
¿Cómo no habla? ¿Qué tiene,
angelito almacigado?

FORTUNA:

Escucho las sinrazones
con que ya tan sin razón,
Castrucho, en eso te pones.
¿Quién te ha hecho, fanfarrón,
todo fieros y razones?
¿Soy yo por dicha tu esclava?
¿Esto es lo que me juraba

esa tu lengua enemiga?

TEODORA:

Tiene razón.

CASTRUCHO:

¿En qué, diga,
quinta agüela de la Cava?
Venga lo que digo luego
o pondré fuego a la casa
porque la abrase otro fuego,
que ya yo sé que se abrasa
como yo lo estoy del juego.

TEODORA:

¿Qué te han de dar?

CASTRUCHO:

Treinta escudos.

TEODORA:

Tomáralos en menudos.

CASTRUCHO:

¿Menudos corre la tienda?
¡Miren aquí qué hacienda
para renta de cornudos!

TEODORA:

Aquesa bolsa los tiene;
toma, y al primer azar
haz que en otra cante y suene.

CASTRUCHO:

Pues más que esto me ha de dar
porque hoy es fiesta solene.
¡Venga del oro guardado!

TEODORA:

¿Qué oro, desvergonzado?
Basta, que te tiene, necia,
por tesoro de Venecia.

(Meta mano a la daga.)

CASTRUCHO:

¡Que aun tienes lengua, pescado!
Aguarde un poco la vieja,
que yo la asentaré un chirlo
que cure de oreja a oreja.

FORTUNA:

¡Tente, por Dios!

CASTRUCHO:

¿Y a impedirlo
te vienes tú, mansa oveja?
¡Desvíate!

TEODORA:

Tenle, hija,
abre el escritorio y dale
aquella negra sortija.

CASTRUCHO:

Agradecelde que os vale
quien os ampara y cobija.

(Entre el capitán HÉCTOR, y el ALFÉREZ y CAMILO.)

HÉCTOR:

El ruido nos ha dado,
señora, ocasión de entrar;
perdonad si hemos errado.

FORTUNA:

Con todo, entrar sin llamar
pudiera estar escusado.

HÉCTOR:

¿Aqueso juzgáis a mal
en aquesta ocasión tal?
¿Quién es este hombre que agora
os quiso matar, señora?

CASTRUCHO:

Soy un su hermano carnal.

HÉCTOR:

Por cierto, así lo parece.
¿Es soldado?

CASTRUCHO:

Sí lo soy.

HÉCTOR:

¿Dónde?

CASTRUCHO:

Donde se me ofrece,
que para treinta años voy
y he servido desde trece:
sobre Roma con Borbón
me hallé en aquella ocasión,
y en Santángel con el Papa
sobre quitar de la capa
a Godofre de Bullón.
También he sido estudiante,
astrólogo y quiromante;
deme esa mano y verá
los años que vivirá,
El que lo puede mediante.

JORGE:

Oya, que es gracioso humor,
por mi vida. ¿Es vuestro hermano?

TEODORA:

Por tal le tengo, señor.

CASTRUCHO:

Ya para probar la mano
da voces el atambor.
Aparéjenme la cena
y quédense en hora buena,
que llevo treinta del pico

y a detenerse tantico
llevara alguna cadena.

JORGE:

Venid acá, por mi vida;
jugad esto por los dos.

CASTRUCHO:

Tanto se os alargue y mida
rogarelo siempre a Dios
por la merced recibida.
Por el menor eslabón
os echo una bendición
y vos a mí dos cadenas;
si hago dos manos buenas,
mando a mi hermana un jubón,
que ha días que le merece;
a Dios, a Dios.
(Vase CASTRUCHO.)

HÉCTOR:

¡Bravo humor!

JORGE:

Gran bellaco me parece.
¿Queréis hacerme un favor?

FORTUNA:

¿Qué servicio se os ofrece?

JORGE:

¿Es sin falta vuestro tío?

FORTUNA:

Sin duda, señor, lo es mío
y de mi madre hermano.

HÉCTOR:

Por verle alzada la mano
lo tengo por desvarío.
Ea, por mi fe, señora,
mirá que tenéis aquí
tan buenos brazos agora
que podéis fiar de mí
que no viva el hombre un hora.
Si es acaso espadachín
destos que viven en fin
sin otra renta y caudal,
no es justo que os trate mal
y goce este serafín.

JORGE:

Lo que el señor Capitán
ha dicho debe de ser.
¿De qué dudosas están?

FORTUNA:

Quisiérale responder,
mas temo lo que dirán.

TEODORA:

¿Qué temes, viendo ocasión
para que aqueste ladrón
nos deje vivir en paz?
Destos, cualquiera es capaz
para dalle un espetón.

FORTUNA:

Madre, temo aquel bellaco,
que si no yo lo dijera.

TEODORA:

Anima ese pecho flaco,
que honra y provecho mal fuera
que cupieran en un saco.
Y si no, déjame a mí,
que yo hablaré por ti.
¿Hame aquéste de matar?
¿Quieres por dicha quedar
sin mi amparo y sola aquí?

FORTUNA:

No llores, madre, no llores;
demos al temor remate,
que vivo entre mil temores;
muera porque no te mate
este laurel de habladores.
Mas pregúntales primero

qué hombres son.

TEODORA:

Aqueso quiero;
eso pido y no haya enojos.
¡Lograda te vean mis ojos
y libre de aqueste fiero!

HÉCTOR:

¿Hanse concertado ya?

TEODORA:

Sí. ¿Quién son vuesas mercedes?

HÉCTOR:

El Alférez lo dirá.

JORGE:

Mi Capitán es, bien puedes
hablar adonde él está,
que debajo de su pie
está cuanto aquí se ve
y él encima de la luna:
don Héctor es, el de Osuna,
que primo del Duque fue.

TEODORA:

Conozco vuestro valor
y bastaba sólo el veros
para saberlo, señor;
breve suma quiero haceros

de nuestro largo dolor.
Las dos somos de Castilla,
de la ciudad de Sevilla;
he criado esta cuitada,
que me la dejó encargada
su madre desde chiquilla,
que murió, su buena madre.

HÉCTOR:

No lloréis. ¿Por qué lloráis?

FORTUNA:

Dios os perdone, comadre,
y tan buen reposo hayáis
como el alma de mi padre,
que murió desesperado.

HÉCTOR:

¡Qué buen lugar le habéis dado!

JORGE:

¿Qué cuenta?

TEODORA:

Lo que la dan.

JORGE:

¡Oh, pues eso estad muy cierta,
que todos le acudirán!
Pero si aquí se concierta,
mejor partido le harán;
decid hasta el fin el cuento.

TEODORA:

Al fin, aqueste ladrón,
este bellaco sangriento,
este hablador fanfarrón
todo palabras y viento
entró en mi casa. ¡Pluguiera
a Dios que se le quebraran
las piernas cuando saliera,
para que nunca tornaran
donde yo le hablara y viera!

TEODORA:

Hase alzado con mi hija
y por el mundo la lleva
sin que otro freno la rija,
y como es bobilla y nueva
me la mata y desvencija.
Desnúdala cuanto tiene
aunque de gran valor sea,
que jamás a casa viene
que para aquesto no sea,
y sólo el callar conviene,
que porque una vez hablé
para su defensa yo
y a quitársela llegué,
medio muslo me pasó
y todo el solfamirré.

HÉCTOR:

No llore, madre, no llore,
que yo le prometo a Dios
que las costumbres mejore.

TEODORA:

Débaoslo, señor, a vos,
sin que otro favor implore.
Doleos deste angelillo:
mirad su rostro amarillo
y mi cara de cuartago,
que ha un año que ya no hago
sino llorar cardenillo.

HÉCTOR:

No tengáis de aqueso pena,
que yo os alzaré del cuello
aquese yugo y cadena.

TEODORA:

Sólo vos podéis hacello,
cara honrada, cara buena.
Entiérreme Dios con buenos,
no me dé vida entre malos:
con éstos se viene a menos,
los otros hacen regalos
de virtud y gracia llenos.

HÉCTOR:

(¡Qué bendita es la viejaza!)

JORGE:

(Y pica la zorra muerta
más que pimienta o mostaza.)

(Entre ESCOBARILLO, criado de CASTRUCHO.)

ESCOBARILLO:

El Sargento está a la puerta.

HÉCTOR:

Pues entre, que haremos plaza.

FORTUNA:

¡Ay, señor, pobre de mí,
que la palabra le di
de irme con él a cenar!

HÉCTOR:

Bien se la podéis quebrar
y echadme la culpa a mí,
que yo soy su Capitán.

(Entre el SARGENTO.)

ÁLVARO:

¡Oh, señores! ¿Acá están?

HÉCTOR:

Como tordos que desean
las guindas que colorean
sobre que pican y dan.

ÁLVARO:

¿Vuesa merced no sabía
que era aquesto cosa mía?

HÉCTOR:

No, a fe, que si lo supiera,
o no viniera o me fuera.

ÁLVARO:

Merced de la compañía.

JORGE:

No le he dicho nada yo,
que el Capitán me ha traído,
que a cenar me convidó.
¿Es aquí lo del vestido?

ÁLVARO:

¿Que no lo supistes?

JORGE:

No.

ÁLVARO:

¿Pues qué hace Camilo aquí?

JORGE:

Preguntadme la primera
camisa que me vestí.
Por Dios, sin razón se altera.

ÁLVARO:

(Y ella búrlase de mí.)
Tome su manto, camine.
¿Qué mira? Camine luego.

(Éntrese FORTUNA.)

HÉCTOR:

No hay para qué se amohíne,
señor Sargento.

ÁLVARO:

Estoy ciego;
no es mucho que desatine.
Perdonad, señor, por Dios,
y servíos della vos;
pero, don Jorge, no crea
que en este gusto se vea.

JORGE:

Ea, reportemonós.

HÉCTOR:

Tiene razón el Sargento,
que la convidó a cenar;
llevalda a vuestro contento
y yo os quiero acompañar.

ÁLVARO:

Eso, señor, no consiento,
yo solo la llevaré;
beso, señor, vuestras manos.

(Vase el SARGENTO.)

HÉCTOR:

Basta, Alférez, que se fue.

JORGE:

Desvanecimientos vanos
y dichos sin para qué.

HÉCTOR:

Pues, por vida de mi vida,
que no ha de llevarla, si es
Rodamonte quien lo impida,
hasta que pasado un mes
de limosna me la pida.

JORGE:

¿Pues quiere vuesa merced
quitársela?

HÉCTOR:

Y aun dejalle
arrimado a una pared.

JORGE:

Pues bajemos a la calle,
que me hacéis grande merced.

(Éntrense DON HÉCTOR y DON JORGE.)

TEODORA:

Habládose han de secreto
Alférez y Capitán;

Zamora queda en aprieto
si algún rebato le dan
a aqueste mozo pobreto.
Quiero estar atalayando.
¡Ah, muchacha! ¿No respondes?
Deben de quedarse armando,
de concierto están los Condes
hermanos, Diego y Fernando.

(Entre CASTRUCHO.)

CASTRUCHO:

En dos suertes no más, pese a mi abuelo,
porque engendrase al padre que me hizo,
y que lo pierda yo con un mozuelo...
Que ni el dado cargado ni el hechizo
me sirvan más que al otro su inocencia,
que máquina tan grande un seis deshizo.
¿Podrá con mi desdicha mi paciencia?
¿A dónde vas, Escobarillo?

ESCOBARILLO:

¡Ay, triste,
qué mal que tratan por allá tu ausencia!

(Entre ESCOBARILLO.)

CASTRUCHO:

¿Qué hay de nuevo?

ESCOBARILLO:

Lo que oí.

CASTRUCHO:

¿Qué es lo que oíste?
¡Vomita luego lo que sabes, perro!

ESCOBARILLO:

Yo lo diré: que así como te fuiste,
aquella vieja infame, aquel cencerro
que en la garganta de tu dama suena
para llamar a su ordinario yerro,
al que te dio, Castrucho, la cadena
y al otro Capitán les ha contado
toda tu historia de mentiras llena.
Al fin les ha pedido y encargado
que te quiten la vida.

CASTRUCHO:

¿Y qué dijeron
el uno y otro fanfarrón soldado?

ESCOBARILLO:

Hacerte cuatro cuartos prometieron.

CASTRUCHO:

Más que eso entre mujeres hablarían.
¿Y fueron a buscarme?

ESCOBARILLO:

Juntos fueron;
y fuera desto, al tiempo que salían,
entró el Sargento que le dio la banda
y aunque los dos lo mismo pretendieron,
delante dellos fue por la baranda
llevándola a empujones, y yo creo
que a bofetones la gobierna y manda.

CASTRUCHO:

Agora es tiempo ¡ah, brazo giganteo!
que muestres tu valor. ¿Por donde iría?

ESCOBARILLO:

Cerca, que aun desde aquí la calle veo.

CASTRUCHO:

Pues ¡alto, Escobarillo! allá me guía,
que quiero hacer pedazos este mozo
con mi siempre dichosa valentía.
Échate al rostro, pícaro, el rebozo,
y no hagas más que ver, puniendo en lista,
la mortandad de mi cruel destrozo,
porque si acaso fueres coronista
o dieres algún tiempo en ser poeta,
escribas la verdad como de vista.
¿Has visto por el aire la cometa?
¿Has visto el trueno horrísono y el rayo?
¿Has visto disparar de una escopeta?
Pues desta suerte a batallar me ensayo,

y más veloz y mucho más ligero
doy enemigos al mortal desmayo.
¡Oh, poderoso Dios! ¿Qué Orlando fiero,
qué fuerte Aquiles sobre Troya hizo
lo que sobre mi dama hacer espero?

ESCOBARILLO:

O me tiene el temor antojadizo,
señor Castrucho, o el Sargento es éste.

CASTRUCHO:

(De cólera, por Dios, me atemorizo.)
Tan ciego estoy que, porque no le cueste
tantas vidas al mundo el meter mano,
quiero esperar que el fanfarrón se apreste.
Arrímate a una esquina, que es en vano
estorbar la venganza y el cuchillo,
que soy fiero león con rostro humano
y este pobre Sargento corderillo.

(Arrímanse a una parte CASTRUCHO y ESCOBARILLO.)
(El SARGENTO y FORTUNA.)

ÁLVARO:

Para mi satisfación...

FORTUNA:

Creedme, señor Sargento,
que no es tan de pluma y viento
mi femenil corazón.

Si Alférez y Capitán
se me entraron sin licencia
¿pude yo hacer resistencia?

ÁLVARO:

Es don Jorge muy galán,
¿quién duda que no lo es vuestro?

FORTUNA:

¿Mío, don Álvaro?

ÁLVARO:

Pues
si le vistes, vuestro es.

FORTUNA:

¿Que cuanto vemos es nuestro?

ÁLVARO:

Por fuerza, aunque no queráis;
mayormente, que yo sé
que sólo a buscaros fue,
pero al fin conmigo vais.
Y pues que conmigo os llevo,
yo os pondré, si vos queréis,
adonde segura estéis.

(Haga CASTRUCHO muestras de querelle acometer a lo lebrón.)

FORTUNA:

Todo aqueso y más os debo.

(Salgan DON JORGE, alférez, y dos soldados, MENDOZA y GUZMÁN.)

ÁLVARO:

Tres hombres muy embozados
a las espaldas nos vienen,
si ellos malas manos tienen
no escapamos de robados,
porque uno para tres
es muy desigual partido.

JORGE:

Éste es el que me ha herido.
¡Meted mano!

GUZMÁN:

¿Es él?

JORGE:

Él es.

MENDOZA:

¡Muera el ladrón!

ÁLVARO:

¡Ah, traidores!
¡Tantos para sólo un hombre!

(Los SOLDADOS le lleven a DON ÁLVARO a cuchilladas, y quédese DON JORGE.)

JORGE:

Vuesa merced no se asombre,
que no somos salteadores.
El Alférez soy, mi vida.

FORTUNA:

¿El Alférez?

JORGE:

Sí, por Dios.

FORTUNA:

¿No eran amigos los dos?

JORGE:

¿Qué habrá que el amor no impida?
Venios conmigo, mi bien.

FORTUNA:

¡Ay, señor! ¿Qué gente es ésta?

JORGE:

Paréceme que se apresta.

(Entre el CAPITÁN y PRADELO y BELARDO, sus criados.)

HÉCTOR:

¿Fuese el Alférez?

PRADELO:

También.
¡Qué solos nos han dejado!

HÉCTOR:

No se fue sin ocasión,
que a fe que está el fanfarrón

de la ramera picado.

BELARDO:

(¡Pesia tal si está!)

HÉCTOR:

Espera
ella es, y éste el Sargento;
acuchillalde al momento.

PRADELO:

¡Muera el castellano, muera!

JORGE:

¿Tantos a uno, ladrones?

HÉCTOR:

¡Seguilde, matalde!

JORGE:

¡Ay, triste!

(Váyanse todos tras él acuchillándole, quede FORTUNA sola.)

(Sale CASTRUCHO, que ha estado a la mira, la espada desnuda.)

CASTRUCHO:

Agora sí que reñiste,
Castrucho, por seis leones.
¿Qué hace la muy probada?

FORTUNA:

¿Quién es?

CASTRUCHO:

¿Ya no me conoce?

FORTUNA:

Si no es que se desemboce.

CASTRUCHO:

¡A dalle una bofetada!
Yo soy el que la he quitado
a los que de aquí se van,
Alférez y Capitán
y al sargentillo alcorzado;
camine a casa, badana.

FORTUNA:

¡No me des, triste de mí!

CASTRUCHO:

Eche luego por ahí,
camine, flaqueza humana.

FIN DEL PRIMER ACTO

Elenco II

El galán Castrucho

Félix Lope de Vega y Carpio

Los que hablan en ella son los siguientes:

ESCOBARILLO.
LUCRECIA.
FORTUNA.
TEODORA.

DON RODRIGO, maese de campo.
EL GENERAL.
CASTRUCHO.
DON JORGE, alférez.

DON ÁLVARO, sargento.
DON HÉCTOR, capitán.
UN PAJE DEL GENERAL.

[PRADELO, soldado.]
[BELARDO, soldado.]

[SOLDADOS DEL GENERAL.]

Acto II

CASTRUCHO y ESCOBARILLO.

ESCOBARILLO:

Está media campaña alborotada
porque el Sargento piensa que el Alférez
la dama le quitó con sus soldados,
y el Alférez, señor, lo mismo piensa
del Capitán, y aunque verdad fue todo,
en pensar que la dama está escondida
en la casa y poder del vitorioso
parecen todos tres un mismo engaño,
que tú la gozas, hablas y requiebras.

CASTRUCHO:

Eso es tener los hombres sangre y cólera.
¡Fuera gallinas, no conmigo bríos!,
que de todos aquesos que presumen
ser gallos de mi dama, antes de un hora
les cortaré las crestas y haré dellas

un sabroso potaje y una epíctima
para templar del corazón la furia.
Mal conoces la espada de Castrucho,
sola en el mundo y heredada de Hércules.

ESCOBARILLO:

¿Hércules trujo espada o sólo un tronco
de un roble, abierto por sus propias manos?

CASTRUCHO:

El tebano es aquese, picarito,
y el español el que yo digo agora,
que no mató las fieras de los campos
sino que conquistó ciudades y hombres;
pero vengamos a lo que hace al caso.
El maese de campo, don Rodrigo,
me dicen que es un hombre apasionado
por estos que vivimos de la hoja,
y que en sabiendo que hay algún valiente
que tenga ya por sus hazañas nombre
confirmado en el mundo por su fama,
le da su mesa y cama y favorece.
Quiero que me conozca y que se informe
de mis temeridades y locuras
y sepa lo que soy con una espada,
porque, con su favor, todos aquestos
huyan de mí como las brujas huyen
la siempre verde ruda y amapolas.

ESCOBARILLO:

¿De manera que a eso vienes?

CASTRUCHO:

Vengo
a buscar un escudo de Fortuna
contra la Fuerza, Envidia y la Malicia.
¡Oh, pesia tal! El Capitán es éste
y me ha visto sin duda.

ESCOBARILLO:

Pues no huyas,
que puedes engañarle fácilmente.

CASTRUCHO:

¿Trae cuadrilla?

ESCOBARILLO:

Su ordinaria gente.

(Entre el CAPITÁN, y PRADELO y BELARDO, soldados.)

HÉCTOR:

¿En efeto sospecháis
que el Alférez la encontró
después que allí me huyó
y el indicio confirmáis?

BELARDO:

¿Pues quién lo duda, si acaso
no se la tragó la tierra,
que en diciendo España y cierra

alargó la hembra el paso?
Como él la calle huyó
allí donde le perdimos,
mientras a buscarle fuimos
ella con él se encontró.

ESCOBARILLO:

Llégale primero a hablar.

CASTRUCHO:

¡Calla!

ESCOBARILLO:

¿De qué estás medroso?

CASTRUCHO:

¡Oh, capitán valeroso!

HÉCTOR:

¡Bravo encuentro!

CASTRUCHO:

¡Bravo azar!

HÉCTOR:

¿Dónde bueno?

CASTRUCHO:

En busca tuya
ando desde esta mañana.

HÉCTOR:

¿Cómo?

CASTRUCHO:

Sabe que mi hermana
perdió la sobrina suya.

HÉCTOR:

¿Quién, la señora Fortuna?

CASTRUCHO:

Fortunica, pesia a mí,
que desde que ayer te vi
anda corriendo fortuna.
¿Y cómo donde tú estás,
que eres digno de una Elena,
de una Dánae o Alcumena,
o si hay más que Venus, más,
un sargentillo, un medio hombre,
un tu soldado, que ayer
tu mano le pudo hacer
con darle esa plaza y nombre,
ha de gozar una dama
que se trujo para ti
desde España, que hasta allí
llega la voz de tu fama?
Vuelve, señor, por tu honra,
que a saber ayer quién eras
yo hiciera que no tuvieras
este disgusto y deshonra.
Que luego te la entregara
para que gozaras della,

sin que se alzara con ella
quien... Mas costarále cara,
que sin que nadie la pida
de tu parte, yo le haré
que lo que es tuyo te dé
o le quitaré la vida.

HÉCTOR:

¿Cómo, cómo? ¿Que el Sargento,
sabiendo que tú traías
esa mujer, en dos días
tenga tanto atrevimiento?
¿No eres tú el hombre que ayer...?

CASTRUCHO:

Sí, señor, el mismo soy,
que por tu servicio estoy
en guarda desta mujer.
Yo la truje de Sevilla,
que en un corro de guzmanes
tratando de capitanes
te dieron la primer silla.
Contaron de tus grandezas,
de tus liberalidades,
tus heroicas amistades,
lauros, hazañas, proezas.
Estaba entonces gozando
esta muchacha su flor,

enamorando al Amor
y en lugar de Amor matando.
Tierna como una patata,
más colorada que rosa,
más que el azúcar, sabrosa,
y más limpia que la plata.

CASTRUCHO:

Duques, condes y marqueses
desempedraban su calle;
mozalbitos de buen talle
puntas, tajos y reveses.
Pero desta confusión
la saqué, a pesar de todos,
que soy sangre de los godos
y bravo más que un león.
Y pues la truje hasta aquí,
tanta tierra y tanta mar,
tú solo la has de gozar.
¡Fuera, guárdense de ahí,
que voy de cólera ardiendo!
¿Dónde está el Sargento, dónde?
Ya la muerte me responde
que el arco está apercibiendo.
¿Dónde te hallaré después?

HÉCTOR:

Paso, que estoy informado
de que sois muy hombre honrado.

BELARDO:

(¡Y harto ligero de pies!
¿No es gracioso el fanfarrón?

PRADELO:

¿Cuándo has visto tú rufián
que no parezca Roldán
y sea después lebrón?
¡Pese a tal con el picaño!

HÉCTOR:

Belardo, aunque éste es un loco,
lo que dice no es tan poco
que no resulte en mi daño;
ya veo que es hablador,
pero la mujer me agrada,
y yo sé que está encerrada
más de fuerza que de amor.
Vamos los tres a buscar
este Alférez, que yo sé
que él me la dará, aunque esté
hecho de amores un mar.)
¿Cómo os llamáis?

CASTRUCHO:

¿Yo, señor?
Castrucho, a vuestro servicio.

HÉCTOR:

¿Y traéis aquese oficio?
¿No sabéis otro mejor?

CASTRUCHO:

Calla, príncipe, que quiero
que goces de hoy más mil damas
y que deshagas más famas
que cortó cabezas Nero.
Traeréte dos mil mozuelas,
y no de aquestas perdidas
sino las de ayer nacidas,
con su flor como ciruelas.
Vete en paz, y goza aquésta,
que a la tarde la tendrás.

HÉCTOR:

Soldados ¿hay que oír más?

SOLDADOS:

No hay en el mundo otra fiesta.

HÉCTOR:

Ahora bien, vamos de aquí.

CASTRUCHO:

¿Dónde a la tarde estarás?

HÉCTOR:

A la plaza me hallarás.

(Váyase el CAPITÁN y los SOLDADOS.)

CASTRUCHO:

¿Qué te parece de mí?

ESCOBARILLO:

Que todas tus cosas van
por un camino acertado.

CASTRUCHO:

¡Con qué soberbia he hablado
aqueste vil capitán!
¿Puédese ver en el mundo
tal término de tratar?

ESCOBARILLO:

(A lo menos de hablar.)

CASTRUCHO:

¿Qué dices?

ESCOBARILLO:

Que es sin segundo
y que hablaste como un Cid.

CASTRUCHO:

¿Que es Cid adonde yo estoy,
que el Hércules mismo soy
y el gigante de David?

(Espántese.)

¡Guarda! ¡Pesia tal! ¿Quién es
éste que viene hacia aquí?

ESCOBARILLO:

El Sargento es, pese a mí.

CASTRUCHO:

¿Apretaremos los pies?

ESCOBARILLO:

¿Siendo tú tan gran gigante
quieres que huyamos de un hombre?

CASTRUCHO:

¿Pues he de afrentar mi nombre
menos que con otro Atlante?

(Entre el SARGENTO.)

ÁLVARO:

No hay que fiar en la tierra
buena fe de amigo ingrato,
pues que se usa tan mal trato
en el valor de la guerra.
A Fortuna me quitaron
ciertos bisoños ayer;
maraña debió de ser
que entre amigos me trazaron.
A los alcances le voy
algun fingido, que creo
que da rueda a su deseo

porque su Sargento soy.
Pues cortaréle los pasos
aunque pierda el alabarda,
pues tan mal la amistad guarda
en los amorosos casos.
¿Castrucho no es éste? Sí.
¿Qué hay de nuevo?

CASTRUCHO:

¡Pesia tal!
Poco bien y mucho mal.

ÁLVARO:

¿Y mucho mal? ¿Cómo ansí?

CASTRUCHO:

¿Este Alférez, este nada,
este bizarro Sansón,
descalzo, con almidón
y doncella por la espada,
éste te había de quitar
con bellacos en cuadrilla
mujer que desde Sevilla
te vino a Italia a buscar?
¿Sabes dónde le hallaré,
que le voy a desmentir?

ÁLVARO:

Espera, no te has de ir
desa suerte.

CASTRUCHO:

¡Sueltamé!
¡Suéltame, pese a mis males,
que no suelo yo comer
de más renta que vender
las espadas de hombres tales!
¡A ti, un alférez, a ti,
que tienes fama en el mundo
de ser un Héctor segundo,
que casi te igualo a mí!
¿Por qué me detienes? Deja
que esta cólera ejecute.

ÁLVARO:

No es bien que a mí me repute
de traidor nadie en su queja.
¿Que el Alférez era aquel
que anoche en cuadrilla vino?

CASTRUCHO:

El que te salió al camino,
y dos soldados con él.
Que la vieja, a puntillazos,
me ha contado lo que pasa:
que fue el concierto en su casa

y aun por ventura en sus brazos.
¡Ea, que a matarle voy!

ÁLVARO:

¡Detente, loco!

CASTRUCHO:

¿Aún me tienes?

ÁLVARO:

Con buenas nuevas me vienes;
por darte albricias estoy,
porque ha no sé cuántos días
que encontrarme deseaba
con el Alférez, que andaba
apuntado en cosas mías.
¡Tan gran traición, vive Dios!

(Meta mano el SARGENTO, espántese CASTRUCHO.)

CASTRUCHO:

¡Válgate el diablo!

ÁLVARO:

Esta espada
no está por dicha manchada
de otro mejor que no vos.
¿En cuadrilla para mí
y por quitarme mi gusto?
¿Justo es esto? ¿Aquesto es justo?

CASTRUCHO:

El diablo te diga sí.
(Temblando estoy, Escobar,
no me dé algún espetón,
que una espada es tentación
de hombre enseñado a matar.)

ÁLVARO:

¡Agora estés, don Jorge, mal nacido,
en el cuerpo de guarda o en la plaza,
o con el Capitán, o divertido
en ver del rebellín la nueva traza,
o estés comiendo, o a placer dormido,
o en gresca y juego o en campaña rasa,
que donde quiera volverá manchada
de tu villana sangre aquesta espada!

(**Váyase**.)

CASTRUCHO:

¿Fuese ya?

ESCOBARILLO:

¿Pues no se fue?

CASTRUCHO:

Míralo bien si ha traspuesto.

ESCOBARILLO:

Dígote que sí.

CASTRUCHO:

Y más presto
de lo que yo imaginé,
que a fe que si se esperara,
que por lo mucho que habló
quizá le asentara yo
algún chirlo por la cara.
Soldaditos de vinagre,
que en viendo un hombre se mueren
y como estudiantes quieren
retularse con almagre.
¡Qué vítor y qué nonada!
Vítor Castrucho no más,
que es el propio Barrabás
la punta de aquesta espada.

(Entre LUCRECIA, dama milanesa, en hábito de hombre.)

LUCRECIA:

Por el rastro que he traído
aquí he de venir a hallar
aquel huésped fementido,
otro Eneas en dejar
muerta la segunda Dido.
¡Oh, soldado injusto y ciego!
A mi deshonor y ruego,
a ti mismo haces ultraje,
que en pago del hospedaje
pones a la casa fuego.

Un alférez hospedé
en Milán, de donde soy,
a quien el alma entregué;
segunda casa que doy
para aposentar la fe.
Más que fe, huésped traidor,
falso, aleve, engañador,
que no es fe la fe fingida,
pues me has llevado la vida
y a vueltas della el honor.
Gente me mira. ¡Ay de mí
si han entendido mi engaño!

ESCOBARILLO:
¿Buscáis algo por aquí,
gentilhombre?

LUCRECIA:
Busco el daño
de todo el bien que perdí.

ESCOBARILLO:
¿Qué perdistes?
LUCRECIA:
Quien solía
servir de noche y de día.

ESCOBARILLO:

¿Que amo andáis a buscar?

LUCRECIA:

Si yo le pudiese hallar
más que dichoso sería.

CASTRUCHO:

¿Qué es aqueso, Escobarillo?

ESCOBARILLO:

Un gracioso pajecillo
que busca un amo y asaz
es apropiado el rapaz
para ser alcagüetillo.

CASTRUCHO:

¿De dónde eres?

LUCRECIA:

De Milán.

CASTRUCHO:

¿Eres noble?

LUCRECIA:

Solia ser.

CASTRUCHO:

¿Cómo te llaman?

LUCRECIA:

Beltrán.

CASTRUCHO:

¿Eres mujer?

LUCRECIA:

¿Yo mujer?
¿Juraréislo vos, galán?
Siempre a cualquier hombre noble
suele afeminar al doble
la madre naturaleza;
no juzguéis por la corteza,
que tengo el alma de roble.

CASTRUCHO:

¿Cuándo veniste?

LUCRECIA:

Anteayer.

CASTRUCHO:

¿Has tenido qué gastar?

LUCRECIA:

Y que jugar y perder.

CASTRUCHO:

¿A qué has perdido?

LUCRECIA:

Al parar.

CASTRUCHO:

Propio juego de mujer,
vive Dios que lo pareces.

LUCRECIA:

Santiguareme mil veces,
hermano, téngase allá.

CASTRUCHO:

¿Éste es hombre?

ESCOBARILLO:

Claro está.
¿En eso te desvaneces?

CASTRUCHO:

¡Vive Dios que es como un oro
para el oficio!

ESCOBARILLO:

¿Pues no?
Digo que vale un tesoro.

LUCRECIA:

(Harto mejor era yo
para ser de quien adoro.)

ESCOBARILLO:

Conciértale, ¿por ventura
querrá servirte?

CASTRUCHO:

Eso quiero,
aunque en talle y compostura
parece tan caballero
cuanto hembra en la hermosura.
Di, Beltrán ¿quieres estar
conmigo?

LUCRECIA:

¿Pues no, señor,
si un amo vengo a buscar?

CASTRUCHO:

Mientras le hallas mejor
me puedes acompañar.

LUCRECIA:

¿No eres soldado?

CASTRUCHO:

Sí soy.

LUCRECIA:

¿Y de quién?

CASTRUCHO:

Sin plaza estoy,
que he venido aventurero
por una mujer que quiero
a quien el alma le doy.

LUCRECIA:

¿Y tiénesla aquí contigo?

CASTRUCHO:

Aquí, en cierto alojamiento
que es rancho de un grande amigo.

LUCRECIA:

Agora con más contento
a tu servicio me obligo.

CASTRUCHO:

Pues ¡sús, alto! aquesto es hecho,
ya estás conmigo.

LUCRECIA:

Y estoy
de tu valor satisfecho.

CASTRUCHO:

Valdrate, a fe de quien soy,
un infinito provecho,
que esta mujer, Beltranico,
es mujer.

LUCRECIA:

Ya estoy al cabo,
ea, que a todo me aplico.

CASTRUCHO:

Por Dios, igualmente alabo
tu discreción, gracia y pico.

LUCRECIA:

¿Para decir que es mujer
destas que hacen placer
es menester más rodeo?
¡Vive Dios! Verla deseo,
que quiero echarme a perder.

CASTRUCHO:

Paso, paso, no tan hombre,
que no es ése vuestro oficio.

LUCRECIA:

Mal me conoces el nombre,
pues si empiezo a echar de vicio
haré que el rapaz te asombre.

CASTRUCHO:

Ea pues, llévale a casa
porque Fortuna le vea.

LUCRECIA:

¿La Fortuna? ¿Aquesto pasa?
Rogarle quiero que sea
en mis desdichas escasa.

ESCOBARILLO:

Llámase la dama ansí.

LUCRECIA:

¿De veras?

ESCOBARILLO:

Vente tras mí.

LUCRECIA:

Guía por aquesta calle.

(Vanse LUCRECIA y ESCOBARILLO.)

CASTRUCHO:

¡Qué rapaz de tan buen talle!
Que era mujer presumí.
Ahora ¡sús! esto se ordena
a mi gusto y va en su punto,
mas si rompe la cadena
temo que me venga junto
el galardón y la pena,
pero si de aquesta suerte
ordeno a los tres la muerte...
mas ¡ay! el Alférez viene,
que le engañe me conviene;
permita el cielo que acierte.
(Comienza a dar voces.)
(Entre el ALFÉREZ.)
¿Hase visto maldad tan manifiesta?
¿Hay en el mundo enredo como aqueste,
que ordenen convidarle a mesa puesta
porque la vida al pobre Alférez cueste?
¿Adónde le hallaré?

JORGE:

¿Qué voz es ésta?
¿Qué alférez? ¿Qué maldad es? ¿Qué hombre es éste?
¡Hola soldado! ¿Qué decís? ¿Qué es eso?

CASTRUCHO:

Despacio voy para tan mal suceso.
¡No me faltaba más sino pararme!

JORGE:

Teneos, por vida mía.

CASTRUCHO:

¿Qué es tenerme?
Voy a avisar a un hombre que se arme
porque inocente entre enemigos duerme.

JORGE:

El hombre y el suceso has de contarme
aunque supiese...

CASTRUCHO:

Paso, sin ponerme
la mano al pecho, y así en breve digo
que a don Jorge buscaba.

JORGE:

Ése es mi amigo.

CASTRUCHO:

Pues a ése le ordenan dura muerte
su Sargento y Capitán, y han trazado
convidalle a comer, que desta suerte
le dejarán el pecho atosigado.
Mas la Verdad, que es invencible y fuerte,
que el mundo juzga del celeste estrado,
quiere que yo lo escuche y que le avise,
para que viendo el áspid no le pise.
¿Conocéis a don Jorge? Encaminadme

para que luego la verdad le diga.

JORGE:

Paso, yo soy.

CASTRUCHO:

¿Vos?

JORGE:

Yo.

CASTRUCHO:

La mano dadme,
que bien ha sido de la vuestra amiga.

JORGE:

Tomad, señor, y una cadena echadme,
que a ser muy vuestro para siempre obliga
la gran merced que ahora me habéis hecho,
que eternamente vivirá en mi pecho.
¿Dónde lo oístes?

CASTRUCHO:

¿Cómo adónde? Ahora,
en este punto y en aqueste puesto,
que lo trató con intención traidora
el fiero Capitán.

JORGE:

¡Cielos! ¿Qué es esto?

CASTRUCHO:

Sirven, según entiendo, una señora
de trato no muy lícito ni honesto,
adonde pienso yo que os vi una tarde
con estos hombres, de quien Dios os guarde.

JORGE:

Ya me acuerdo de vos, y por más señas
cierta cadena os di.

CASTRUCHO:

Ya está perdida.

JORGE:

Éste pensaba dar a aquellas dueñas,
pero es mejor que vuestros dedos mida.

(Dale un anillo.)

CASTRUCHO:

Con tu nobleza romperás las peñas,
guárdate de aceptar cena o comida.

JORGE:

Idos con Dios, que he de meter la guarda.

CASTRUCHO:

Respete el suelo lo que el cielo guarda.

(Váyase CASTRUCHO.)

JORGE:

¿Esto se sufre, Capitán ingrato?
¿Sargento, esto se sufre, por ventura?
¿Que puede haber en hombres tan mal trato

y más en el Sargento, que es mi hechura,
si a traidores imito, si retrato
su fiera crueldad, injusta y dura?
¿Cómo no me dispongo a la venganza
con tan bastante causa y esperanza?
Bien sospechaba yo que la cuadrilla
que aquella noche me quitó la dama
era del Capitán la gentecilla,
que desde que la vio la adora y ama.
No le basta gozalla y persuadilla,
sino que juntamente se disfama
con procurar matarme. ¡Santos cielos,
para tan breve amor, tan graves celos!

(Entre el SARGENTO.)

ÁLVARO:

(Don Jorge es éste, yo he de hacer de suerte
que le retire deste puesto infame,
no me cueste la vida el darle muerte
y en su lugar mi sangre se derrame.)

(Entre el CAPITÁN.)

HÉCTOR:

(Tal es la rabia y el coraje fuerte
que he de enviar un paje que le llame;
mas ya no hay para qué, si está en el cuento.
Don Álvaro es aquéste, y mi Sargento.)

JORGE:

(Trazando voy de mi venganza el modo.)

ÁLVARO:

(¿De qué manera podré yo matalle?)

HÉCTOR:

(¿También don Jorge? A entrambos me acomodo.)

JORGE:

(El Capitán es éste, quiero hablalle;
¿mas qué digo? De manga viene todo,
pues don Álvaro viene a acompañalle;
metamos mano, brazo y defendamos
la parte de nobleza que heredamos.)

(Mete mano el ALFÉREZ, y luego SARGENTO y CAPITÁN.)

HÉCTOR:

¿A matarme venís, y acompañado?
¿En qué, señor don Jorge, os he ofendido?

ÁLVARO:

No basta que la dama me han quitado,
sino que darme muerte han pretendido.

HÉCTOR:

Es buena libertad la que han usado.
¿Espada para mí?

JORGE:

¿Tan mal servido
has sido de don Jorge que esto hagas?

ÁLVARO:

¿Y a mí también, señor, tan mal me pagas?

(Entre TEODORA.)

TEODORA:

¿Qué es esto, hijos, qué es esto?
¡Espadas desenvainadas,
los tres en aqueste puesto!

HÉCTOR:

¡Hola! Envainá las espadas.
¿Qué me miráis? ¡Luego, presto!

JORGE:

No la saco por tu ofensa
sino para mi defensa,
porque me quieres matar.

ÁLVARO:

Y yo la vine a sacar
por lo mismo que éste piensa.

HÉCTOR:

¿Yo matarte, Alférez?

JORGE:

Sí,
sobre quitarme la dama.

ÁLVARO:

De eso me quejo de ti,
Alférez, pues corre fama

que me la has quitado a mí,
y por aquesta maldad
vine a romper tu amistad,
que me la has de dar, por Dios.

HÉCTOR:

Yo me quejo de los dos;
mirad quién dice verdad,
que uno de los dos la tiene
y anoche me la llevó.

TEODORA:

Paso, hijos, que os conviene,
que estoy de por medio yo.

JORGE:

Mirad la paz que nos viene.

TEODORA:

Pues si a mí me ven en medio
¿no han de decir sin remedio
que por mi pie de ternera
reñís de aquesa manera?
Sosegaos, búsquese un medio.
¿Por qué reñís?

HÉCTOR:

Madre mía,
que a tu hija les quité
dicen con igual porfía.

JORGE:

Él la tiene y yo lo sé,
y aun decir dónde podría.

ÁLVARO:

No la tiene el Capitán,
que vos la tenéis.

JORGE:

¿Yo?

ÁLVARO:

¡Vos!

HÉCTOR:

Ved qué conformes están,
y a fe que está entre los dos.

TEODORA:

Digo que es cuento galán.
¿Quién lo ha dicho?

HÉCTOR:

Castrucho.

TEODORA:

¿Y a vos?

JORGE:

El mismo.

TEODORA:

¿Y a vos?

ÁLVARO:

Castrucho también.

TEODORA:

No es mucho,
porque él la tiene, por Dios.

HÉCTOR:

¿Qué oigo?

ÁLVARO:

¿Qué veo?

JORGE:

¿Qué escucho?

TEODORA:

Digo que él mismo la trujo
anoche y durmió con ella.

HÉCTOR:

¡Oh, bellaco!

TEODORA:

Es medio brujo;
harto esta noche por ella
mis tristes ojos estrujo.

HÉCTOR:

¿Que a los tres nos la ha quitado?

ÁLVARO:

¿Que esta noche la ha gozado?

JORGE:

¿Que nos burlase a los tres?

TEODORA:

Verdad lo que digo es,
que mis carnes lo han pagado,
que acostada estaba yo
y salí con un candil
a las palmadas que dio.
Cruces hice más de mil
porque la sangre me heló.
Si le hubieras dado muerte
cuando yo os lo supliqué,
no os burlara desta suerte
ni yo, que no lo pequé,
me viera en trago tan fuerte.
Que porque estaba acostada
y él fuera de la posada,
en mis carnes pecadoras
me pegó más de dos horas
con una soga doblada.

HÉCTOR:

Ea, soldados, no se sufra aquesto,
vamos en busca del rufián infame.

JORGE:

Vamos, que no se escusa en cualquier puesto
que aquella sangre bárbara derrame.

ÁLVARO:

A darle dos mil palos voy dispuesto.

HÉCTOR:

Para eso haced que un pícaro se llame,
mas donde no hay afrenta, pues no cabe,
mejor será que de una vez acabe.

(Váyanse los tres, quede TEODORA.)

TEODORA:

Agora quedo contenta,
que van a darle Santiago;
de su sangre estoy sedienta,
y por beberla de un trago
el corazón me revienta.
¡Muere, traidor! Eso sí,
y déjame libre aquí,
que si hoy no te acabaran
tirano te confirmaran
de aquel ángel y de mí.
Quiero entrar en San Clemente
mientras pasa tanto mal.
¿Mas qué ruido es éste, y gente?
Sin duda es el General,
no sé si una cosa intente...
pero quiérola intentar,
que si me saliere azar
muy poco puedo perder.

Quiero el manto componer
y mi rosario sacar.
(Entre mucho acompañamiento de SOLDADOS tras el GENERAL, hablando con el maese de campo DON RODRIGO.)
Mi señor, con su licencia,
quiero hablar a Su Excelencia.

GENERAL:

¿Quién es?

RODRIGO:

Lo que ves delante.

TEODORA:

Una pobre vergonzante.

RODRIGO:

Honrado talle y presencia.

TEODORA:

Por virtud de los honrados...

GENERAL:

Denle limosna.

TEODORA:

Señor,
óyame quatro pecados.

GENERAL:

¿Pecados? ¿Soy confesor?

TEODORA:

Iba a deciros cuidados:
soy una pobre mujer

como se me echa de ver.
Tengo una hija tan bella
que dejó de ser doncella
por no tener qué comer;
no tiene dieciséis años,
fresca como una camuesa;
ayer la miré en los baños,
con una pierna tan gruesa
y unos pecitos tamaños.
Los pechos son dos manzanas
y no hay rosas castellanas
como las mejillas bellas,
que más coloradas que ellas
se levante a las mañanas.
Canta como un serafín,
habla que no hay más que ver,
es de la hermosura fin;
si no lo queréis creer,
trairela a vuestro jardín
donde veréis que a las rosas
les quita el nombre de hermosas.
Habla bien, y tañe, y canta
que es una cosa que espanta,
sin otras secretas cosas.

GENERAL:

(Gentil alcagüeta, a fe.)
¿Sabéis mi casa?

TEODORA:

Muy bien.

GENERAL:

Id allá.

TEODORA:

¿Cuándo podré?

GENERAL:

Yo haré que el aviso os den
cuando sin negocio esté.
¿Qué os parece, don Rodrigo?

RODRIGO:

Que es estremada la pieza
y me quiero hacer su amigo.

(Vanse el GENERAL y los demás, queda TEODORA sola.)

TEODORA:

Guarde el cielo tu cabeza,
con dos manos te bendigo.
¡Qué amparo de gente pobre!
Plega el cielo que te sobre,
como al César, la ventura,
porque el lugar que procura
vitoriosamente cobre.
Ahora bien, vamos a casa

a poner mano en la masa;
demos a Fortuna cuenta
que ya quien la pide cuenta
deste mundo al otro pasa.

(Vase, entren LUCRECIA, FORTUNA, ESCOBARILLO.)

FORTUNA:

Tan pagada estoy del paje
que no me ha hecho otro gusto
tu amo que a éste aventaje.

LUCRECIA:

Ya tengo, dama, por gusto
que el tiempo a servir me abaje,
porque serviros es cosa
tan agradable y dichosa
que no hay reinos que mandar
por quien se pueda trocar.

FORTUNA:

¿Por qué?

LUCRECIA:

Porque sois hermosa,
que esto puede la hermosura,
que no hay gloria como estar
asistiendo a la luz pura
de un rostro que puede dar
gloria, descanso y ventura.

Si el que más príncipe fuera
de mejor gana os sirviera,
¿no he de tener yo a gran bien
que por señora me den
la que del mundo pudiera?

FORTUNA:
Beltrán, lisonjero eres.
ESCOBARILLO:
¿He de poneros en paz?
LUCRECIA:
(Bien tienes con qué, si quieres:
por ser hombre eres capaz,
que estás entre dos mujeres.)

ESCOBARILLO:
¿Qué mormuras?
LUCRECIA:
Que podrías
no meterte en cosas mías.

ESCOBARILLO:
Pues cómo, hermano Beltrán,
¿trújeos yo para galán?

LUCRECIA:
Calla y serémoslo a días.
ESCOBARILLO:

¿Cómo? ¿No has entrado en casa
y alzarte quieres con ella?

LUCRECIA:

¿Cuál es el hombre de masa
que en viendo una dama bella
no se enamora y abrasa?

ESCOBARILLO:

Basta, que es muy hombre en todo.

FORTUNA:

(Perdiéndome voy de modo
que me enloquece Beltrán.
¡Qué bien hecho, qué galán!)

LUCRECIA:

(Mas que te pongas de lodo.)

FORTUNA:

Salte afuera, Escobarillo.

ESCOBARILLO:

(Ta, ta, ya andamos en eso.
¿Pero qué me maravillo?
Que es bello el mozo y travieso,
y esotra... estoy por decillo.)

(Váyase ESCOBARILLO.)

FORTUNA:

¿Que, en fin, eres milanés?

LUCRECIA:

Ya soy tuyo, no me des
otra tierra ni otro nombre.

FORTUNA:

(¿Es posible que éste es hombre?
¡Y, para mi mal, lo es!)

LUCRECIA:

(Esta bellaca está en duda,
menester será que agora
más vivo al engaño acuda.)
¿De qué enmudeces, señora?

FORTUNA:

Tu lengua me tiene muda.

LUCRECIA:

¿Pues qué, parécete bien?
Porque haré que te la den
estas manos en un punto.

FORTUNA:

Mejor lo tomara junto.

LUCRECIA:

¿Junto lo quieres también?

FORTUNA:

Buenas manos tienes.

LUCRECIA:

Buenas.
Y buenas me las he dado.

FORTUNA:

Parecen dos azucenas.

LUCRECIA:

Ya el tiempo las ha secado
y el invierno de mis penas.

FORTUNA:

¿Penas has tenido?

LUCRECIA:

Sí.

FORTUNA:

¿Has querido bien?

LUCRECIA:

Y quiero.

FORTUNA:

¿A quién, por tu vida?

LUCRECIA:

A ti.

FORTUNA:

Pues cree que por ti muero
desde el punto que te vi.

LUCRECIA:

Pues alto, dure el concierto;
si te he muerto, tú me has muerto.

FORTUNA:

Bésame para que viva.

LUCRECIA:

Ea, sube gente arriba.

FORTUNA:

¿Cómo?

LUCRECIA:

La puerta han abierto.

(Entre el ALFÉREZ.)

JORGE:

Aquí, señor don Jorge, el que es primero,
ése me han dicho que se lleva el fruto
y que del árbol cuelgan al postrero.
Viendo Castrucho el enojoso luto
que por haberos anteayer perdido
de que aun apenas traigo el rostro enjuto,
mostró mi alma, donde habéis tenido
más verdadero asiento que en el pecho
de ese Sargento, a quien habéis querido.
Antes que el Capitán, a su despecho,
os lleve a fuerza de razón, que es hombre
que mira solamente a su provecho,
mandá que yo, sin que el temor me asombre
de que es mi superior, conmigo os lleve,
pues ya sabéis mis prendas y mi nombre
y la razón que para ello os mueve.

FORTUNA:

Voluntad tuve primero
de teneros voluntad,
porque ni al Sargento quiero
ni fue más nuestra amistad
que el interés del tercero.
Mi madre gobierna en mí,
ésta quita, veda y pone,
y pues ella no está aquí,
que es la que de mí dispone,
podéis perdonarme a mí.

LUCRECIA:

(¡Ay de mí! Que éste es aquel
español bello y cruel
por quien ando desta suerte.)

(Entra TEODORA.)

TEODORA:

¡Albricias, hija!

LUCRECIA:

(¡Si es Muerte,
que viene a librarme dél!)

FORTUNA:

¡Oh, madre, seas bienvenida!

TEODORA:

Señor Alférez ¿qué es esto?

JORGE:

¡Oh, mi Teodora querida!

TEODORA:

Quítame este manto presto.

FORTUNA:

Turbada estás, por mi vida.

TEODORA:

Será de puro contento
de ver que muerte le dan
a aquel bellaco sangriento
por gusto del Capitán,
en este mismo momento.

FORTUNA:

¿Díceslo de veras?

TEODORA:

¡Bueno!

FORTUNA:

Gracias a Dios que has rompido
aquel vaso de veneno.

LUCRECIA:

(No es malo el que yo he bebido,
más flojo ni menos lleno.)

TEODORA:

¿Cúyo es este pajecico?

FORTUNA:

A casa viene a servir.

TEODORA:

Por mi vida que es bonico.
¿Sabes leer y escribir?

LUCRECIA:

Y multiplicar tantico.

TEODORA:

Bien has hecho; pues, señor,
¿qué buscáis?

JORGE:

Oídme acá.

FORTUNA:

Perdido viene de amor.

LUCRECIA:

Hablando de oído está,
mudádoseme ha el color.

FORTUNA:

¿De qué?

LUCRECIA:

De que es cosa cierta
que de llevarte concierta
y es negocio sin remedio
si hay dinero de por medio,

que he de quedarme a la puerta.

FORTUNA:

¿Sabes qué podrás hacer?
Conmigo quiero llevarte
y darémosle a entender
que es bien que se vaya aparte.

LUCRECIA:

¿Y luego?

FORTUNA:

Echar a correr.

LUCRECIA:

Eso llaman dar esquina.
¿Pero adónde dormiremos?

FORTUNA:

En casa de una vecina.

LUCRECIA:

Si no, en campaña podremos
o al fresco de la marina.

TEODORA:

Está bien ¡hola, muchacha!

FORTUNA:

¿Qué mandas?

TEODORA:

Cúbrete el manto.

LUCRECIA:

(¡Oh, vieja infame y borracha!)

FORTUNA:

El tuyo no importa tanto.

TEODORA:

Bien dices, tengo esa tacha:
cuanto hago se me olvida.
¿Estás cubierta?

FORTUNA:

Ya voy.
Beltranico, por tu vida,
que me acompañes.

LUCRECIA:

Yo soy
dichoso en que tal me pidas.

JORGE:

No, no, yo la llevaré.

FORTUNA:

Antes os iréis delante
y más segura saldré.

JORGE:

Pues alto ¡oh, dichoso amante!

LUCRECIA:

(¡Oh, falso amante sin fe!)

FORTUNA:

Madre, a Dios.

TEODORA:

Ése te guarde;
no vengas mañana tarde.

FORTUNA:

¡Oh, qué noche que me espera!

LUCRECIA:

No espere pasar carrera,
que es yelo el fuego que arde.

(Váyanse todos, quede TEODORA.)

TEODORA:

Buena cadena me llevo,
ella vale buena suma.
Aquéste es pájaro nuevo
y pues que le sobra pluma
no es bien que le falte cebo.
Entrarme acostar me place,
pues no hay ya quien despedace
la puerta, Castrucho muerto.
Rezarle quiero, si es cierto,
un Requiescat in pace.

(Éntrese TEODORA.)

(Entren el CAPITÁN y el Sargento DON ÁLVARO.)

HÉCTOR:

Digo que tengo sospecha,
pues el Alférez se ha ido,
que entró la calle derecha,
que en juego igual ha sabido
lo que la mano aprovecha.
¿No es esta casa?

ÁLVARO:

Ella es.

HÉCTOR:

Si puso en ella los pies,
no hay duda, llevó la joya,
que la más cercada Troya
se rinde con interés.

(TEODORA a la ventana con un orinal.)

ÁLVARO:

¡A de casa!

TEODORA:

¡Agua va!

ÁLVARO:

¡Desviaos!

HÉCTOR:

Tarde es ya,
embistiome.

ÁLVARO:

¡Oh, puta vieja!

HÉCTOR:

Callad, no venga una teja,
que el agua limpiarse ha.

ÁLVARO:

¡Qué bellacamente huele!

HÉCTOR:

Sin duda que está acostada,
y pues tan presto nos huele,
la mozuela está ocupada,
lo que en el alma me duele.

ÁLVARO:

¿Pues no llamaré otra vez?

HÉCTOR:

No, por Dios, que estoy muy puerco,
que es cuero y mea la pez
y si a la puerta me acerco
me arrojarán otros diez.

(Entre CASTRUCHO embozado.)

ÁLVARO:

Un hombre viene embozado.
¿Queréis que le reconozca?

HÉCTOR:

Estoy, por Dios, tan mojado
que temo que me conozca
en tal lugar y meado.
Echad luego por ahí.
¡Pese al punto en que salí
a buscar este rufián!

ÁLVARO:

Vamos, señor Capitán.

HÉCTOR:

No me nombres ¡pese a mí!
[Vanse el CAPITÁN y el SARGENTO.]

CASTRUCHO:

Hora bien, estos se han ido,
que porque no me cogieran
tan tarde a casa he venido,
mas si aquí me conocieran
mayor daño hubiera sido.
Todo está en silencio, bueno;
Fortuna estará acostada;
yo me acojo como un trueno,
que aquesta vieja taimada
a palos consiente el freno.
¡Ah de arriba! ¡Hola, Escobar!
¡Beltranico! ¡Hola, Teodora!
Ya me canso de llamar.
¿Posible es que duerma ahora

la que era grulla en velar?

(TEODORA a la ventana con una toca sucia, antojos y un candil.)

TEODORA:

¿Quién llama? ¿Quién está ahí?

CASTRUCHO:

El diablo: Castrucho soy.

TEODORA:

¿Aun muerto vienes aquí?
Con agua bendita estoy,
alma ¿qué quieres, me di?

CASTRUCHO:

Quiero que el diablo te lleve;
abre borracha, que llueve.

TEODORA:

¿Que no eres muerto, Castrucho?

CASTRUCHO:

¿Yo muerto?

TEODORA:

Tu voz escucho.

CASTRUCHO:

¡Abre aquí, cuarenta y nueve!

TEODORA:

¡Traidor! Nuevas me han traído
que te han muerto a puñaladas;
si eres diablo revestido,

reliquias tengo colgadas
en cuyo nombre te pido
que huyas sin volver más
de la casa donde estoy.

CASTRUCHO:

¡Abre! ¡A los diablos te doy,
cocinera de Caifás!
Abre la puerta, vejona,
cara de mona,
abre, hechicera, bruja,
la que estruja
cuantos niños hay de teta;
por alcahueta
once veces azotada
y emplumada.

CASTRUCHO:

Abre, mielga con antojos,
cuyos ojos
ven de noche cual murciélago,
sucio piélago
de meados estantíos,
que esos bríos
te suelen costar más palos
que hay robalos
en el río de Sevilla.
Abre, malilla,

mala, maleta, mallorca,
que a la horca
vas de noche con candelas
y las muelas
quitas a los ahorcados
desdichados,
que aun muertos no están seguros
de conjuros
y de maldades que haces,
con que deshaces
las nubes y las arrasas
por donde pasas.

CASTRUCHO:

Que sin ir a la dehesa,
en una artesa
sueles hacer nacer berros,
y a los perros
hurtas riñendo la tierra,
porque encierra
virtud de hacer olvidar;
que he de quebrar
la puerta y molerte a azotes.

TEODORA:

No te alborotes,
bellaco, rufián, ladrón
y gran lebrón,

que un muchacho de Sevilla,
Jaramilla,
te quitó una vez la espada
y fue sonada
tu infamia por toda España,
y no hay picaña
que se precie de ser tuya,
sino que huya
porque las hurtas y robas
a las bobas;
esta casa tiene dueño,
que a buen sueño
está con Fortuna agora.
¡Vete en mal hora!

CASTRUCHO:

¡Oh, vieja de Berzebú,
que a tú por tú
te pongas con quien ayer
te hizo ver
estrellas a mediodía,
y aun solía
desollarte aquese rostro
de algún mostro!
¡Abre aquí, vieja borracha!

CASTRUCHO:

Que a esa muchacha
la chupas sangre y dinero,
y eres un cuero
que de sola una bebida
a la comida
gastas cuarenta bodegas,
y cuando llegas
a la noche estás de suerte,
que por verte
pueden entrar a real;
hospital
lleno de mil pestilencias
e impertinencias;
dientes de corcho, bellaca,
cara de haca,
espinazo de cuartago,
que este pago
me das porque tantas veces
de los jueces
he librado esas espaldas.

TEODORA:

¡Hombre con faldas,
bellaco, medio mujer!
No has de ver
esta cadena en tu mano,
luterano,

que me dio un hombre esta noche,
que en un coche
se ha llevado a Fortunica
y va más rica
que cuando la desnudaste
la quitaste
aquella saya bordada
que en Granada
acababa de hacer.

CASTRUCHO:

Muestra a ver.
(Muéstresela.)
Abre, amiga de mis ojos,
y estos enojos
se queden luego a una parte,
que quiero darte
barato de una ganancia
de importancia
que agora en la soldadesca,
en cierta gresca,
acabo de hacer muy grande.

TEODORA:

No lo mande
ni lo quiera mi desdicha,
si por dicha
hablas como sueles, perro,

que ese yerro
está en mi carne enseñado.

CASTRUCHO:

Pierde cuidado,
que te quiero como a mí.
Abre aquí
y el diablo me lleve, amén,
si tan bien
te hubiere hablado jamás.
No haya más;
dame esa mano de amiga
y nadie diga
que entre los dos hay pendencia,
que en mi conciencia,
que me debes amistad.

TEODORA:

Si es verdad
lo que juras, yo abriré.

CASTRUCHO:

Sí, en buena fe.
¡Abre, tía, por tu vida,
si estás vestida,
y si no, ponte el manteo,
que ya deseo
darte de lo que he ganado!

TEODORA:

Ya has jurado;
ahora ¡sús! quiero creerte,
que de otra suerte
no me atreviera a bajar.

CASTRUCHO:

(¿Qué es jurar?
¿Cuándo has visto juramento
con buen intento
en hombre de vida airada,
vieja honrada?
Abre, sota; abre, pelota,
cuello de bota,
que a fe que pienso ponerte
de tal suerte
que escarmientes de burlarme,
y de mirarme
te quedes temblando y muerta.)

TEODORA:

Ya está abierta;
entra, hijo de mis ojos,
no haya enojos,
dame aquesos brazos.

CASTRUCHO:

¡Toma,
vieja mahoma!

TEODORA:

¡Que me mata! ¡Ay, que me ha muerto!

CASTRUCHO:

Ya has abierto,
agora quéjate al viento.

TEODORA:

¿Y el juramento?

CASTRUCHO:

No hay juramento.

TEODORA:

¡Ay, traidor!
Ruego al Señor
que no te logres, amén.

CASTRUCHO:

Está bien,
que maldición de puta vieja,
como dice la conseja,
por do sale, por allí entra.

FIN DEL SEGUNDO ACTO

Elenco III

Los que hablan en ella son los siguientes:

ESCOBARILLO, que es BRISENA.

LUCRECIA, en figura de BELTRANICO.

FORTUNA, dama.

DON RODRIGO, maese de campo.

TEODORA, vieja.

CASTRUCHO.

DON JORGE, alférez.

DON ÁLVARO, sargento.

DON HÉCTOR, capitán.

EL GENERAL.

UN PAJE.

[ACOMPAÑAMIENTO DE SOLDADOS DEL GENERAL.]

Acto III

Entren ESCOBARILLO y LUCRECIA.

ESCOBARILLO:

Holgádome he de toparte,
Beltrán ¿dónde vas perdido,
que desde ayer me has traído
hecho un loco por hallarte?
Enviome mi señora,
que anoche, dadas las once,
quebré un aldaba de bronce
por despertar a Teodora,
que saliendo a dormir fuera
y acompañada contigo,
volvió dada al enemigo
fingiendo una gran quimera:
que dice que unos ladrones,
por ser el Alférez ruin,
le dieron mucho botín

y a ti muchos bofetones,
y que tiene por muy cierto,
pues el Alférez huyó,
que algún ladrón te mató.

LUCRECIA:

Bien sabe que no estoy muerto.
¡A Dios, amigo Escobar,
quién pudiera hablar contigo!

ESCOBARILLO:

¿Qué dudas, Beltrán amigo?
¿Qué tienes que me fiar?
Dime lo que es, por tu vida,
que soy más noble que piensas.

LUCRECIA:

Si este mi amor recompensas,
cree que es deuda debida,
que te he cobrado afición,
y tanta, que en esta parte,
aunque temo quiero darte
las llaves del corazón.

ESCOBARILLO:

Si a hacer aquesto conmigo
de sola afición te mueves,
cree, Beltrán, que me lo debes
y que en el alma te obligo.

Que entre amigos no se cubren
y cuando se quieren bien
sin trato es porque se ven
los pechos que se descubren.
¿Qué tienes, por vida tuya?

LUCRECIA:

Sabe que Fortuna ayer
su afición me dio a entender.

ESCOBARILLO:

Condición ligera es suya.

LUCRECIA:

Y anoche hicimos concierto
para podernos gozar,
que la había de llevar
a la marina del puerto;
consentilo por hacer
que con don Jorge no fuese.

ESCOBARILLO:

¿Tienes algún interese
con don Jorge?

LUCRECIA:

Un buen querer.
Al fin le dio cantonada
y a una casa me llevó
donde a los dos recibió

una buena vieja honrada.
Luego, los brazos traviesos,
llamándome un ángel bello,
me echó mil veces al cuello
y pensó comerme a besos.
Pero cierta ocupación,
la color como de gualda,
me hizo volver la espalda
a la amorosa ocasión.
Fuime y dejela, y sospecho
que cansada de esperar
se volvió a casa a acostar
con Castrucho a su despecho.
Y no he querido volver
de vergüenza de haber sido,
adonde fui tan querido,
tan flojo y flaco en poder.

ESCOBARILLO:
¿Tú vendrás a confesar
que eres capón?

LUCRECIA:
¡No, por Dios!
ESCOBARILLO:
Ea, para entre los dos.
LUCRECIA:

¡Por Dios, que puedo engendrar!

ESCOBARILLO:

Pues habla si eres mujer,
que con otra estás hablando.

LUCRECIA:

¡Jesús!

ESCOBARILLO:

La que estás mirando.

LUCRECIA:

¡Vive Dios que lo he de ver!

ESCOBARILLO:

Cuando tú quieras podrás,
pero dime si lo eres.

LUCRECIA:

Que entrambas somos mujeres
encubrillo es por demás.

ESCOBARILLO:

Toca esa mano.

LUCRECIA:

Toquemos,
que a fe que nunca su toque
a mal pensar nos provoque.

ESCOBARILLO:

Seguramente podemos.

LUCRECIA:

Éste sí, que es toque franco.

ESCOBARILLO:

Basta, Beltranico amigo.
¿Que pensó dormir contigo?

LUCRECIA:

Suerte ha sido, pero en blanco.

ESCOBARILLO:

¡Cuál quedaría la dama
habiendo echado tal sota!

LUCRECIA:

Como esos mares agota
el calor de quien bien ama.

ESCOBARILLO:

¿Qué te trujo a este lugar
desde Milán?

LUCRECIA:

Un soldado
que la palabra me ha dado
de nunca me la guardar.

ESCOBARILLO:

¿Y hasle hallado?

LUCRECIA:

Sí.

ESCOBARILLO:

¿Quién es?

LUCRECIA:

Reiraste si lo digo:
don Jorge.

ESCOBARILLO:

Dios me es testigo
que me pesa que así estés,
pero mi pleito condeno,
pues otro me trujo a mí,
que una noche que le vi
ésa me dejó al sereno.
Bien puedes quererme más,
que mi don Jorge es sargento.

LUCRECIA:

Mientes.

ESCOBARILLO:

No pienses que miento,
dejemos burlas atrás.

LUCRECIA:

¿Es don Álvaro?

ESCOBARILLO:

Es el mismo.
¿Quién te dijo el nombre?

LUCRECIA:

Ayer
della lo vine a saber.

ESCOBARILLO:

Ése es mi cielo y mi abismo.

LUCRECIA:

Alto, pues nos parecemos
tanto en las vidas y historias,
males, bienes, penas, glorias,
de hoy más nos comuniquemos.

ESCOBARILLO:

Sea ansí y a casa vamos,
mas ¿qué dirás a Fortuna?

LUCRECIA:

¿Faltará mentira alguna
si entre las dos la trazamos?
Ya voy de contento loca.

ESCOBARILLO:

Con más razón lo voy yo.
Beltrán, silencio.

LUCRECIA:

¡Pues no!

ESCOBARILLO:

Toca aquesa mano.

LUCRECIA:

Toca.

(**Vanse**.)

(Entren FORTUNA, TEODORA y Maese de campo DON RODRIGO.)

RODRIGO:

Como digo, señora, me ha mandado
que a su jardín aquesta tarde os lleve,
que por fama de vos está prendado.
Y pues a tan gran príncipe le mueve,
como es el General, sola la fama,
esta correspondencia se le debe.

FORTUNA:

(Madre ¿que el General me quiere y ama?

TEODORA:

Sí, hija, que le dicho cómo eres:
gallarda, principal y hermosa dama,
mira que ni te espantes ni te alteres
de ver su gravedad, y no te esquives
si te quisiere dar para alfileres.
Dile discretamente cómo vives
con la necesidad que no mereces,
que sabes leer y que también escribes.
Dile que eres más noble que pareces,
no te levantes mucho del asiento
y, si te levantares, no tropieces.

Come algún buen olor para el aliento,
no hagas de suerte que te tenga en poco
y, si te convidare el instrumento,
danza rogada, diestramente y poco.
Y cuando llegue a la amorosa danza,
allí es el ceño y el melindre y coco,
no rompa luego en allegando lanza;
cuéstele su trabajo, sude, llore,
que eso es gustoso, lo que mal se alcanza.)

RODRIGO:

¿Habéis hablado?

TEODORA:

Sí, porque decore
la crianza y respeto de hombres tales,
porque más le convenza y enamore.

RODRIGO:

(No he visto estremos en mi vida iguales
de mucha fealdad y de hermosura.)

TEODORA:

(No me contento con tres mil reales.)

RODRIGO:

(Si no fuera tan vil descompostura,
siendo tercero, saltear la dama,
probara con mi resto la ventura;
mas gócela esta vez el que la llama,

que yo haré después que se me venga
del jardín y sus brazos a mi cama.
¿Qué curso puede haber que no detenga
una presa maciza de dinero,
o qué arruinada casa que no tenga?
Por ser mi General, no soy primero,
que aun en esto le guardo su decoro.)

TEODORA:

El Maese de campo es caballero
y me dijo que estabas como un oro;
hija, sabe vivir; si algo te pide,
en pagando la entrada corra el toro.

FORTUNA:

Si con mis fuerzas y salud se mide,
madre, tanto acudir a libertades,
quien mucho carga, la salida impide.

TEODORA:

Mocedades, Fortuna, mocedades.
¿Tengo de hacerte otro sermón, Fortuna?
¿Cuándo querrás agradecer verdades?
Todas éstas lo maman en la cuna
sin que conozcan de su edad el oro;
vete, y no me repliques, importuna.
Vístete luego, necia. ¿Lloras?

FORTUNA:

Lloro.

TEODORA:

¿Qué lloras?

FORTUNA:

Aquel pobre pajecillo
que era para estas cosas un tesoro.

TEODORA:

Habranle muerto.

FORTUNA:

No me maravillo;
recíbele muy bien, si vuelve a casa.
¿Qué me mandas vestir?

TEODORA:

El amarillo.
Señor maese de campo, mientras pasa
de tocar y vestir una hora corta,
que poco el sol en este tiempo abrasa,
que a pasear se salga nos importa.

RODRIGO:

¡Jesús! De mil amores aquí aguardo.

TEODORA:

Hija, escúchame atenta.

FORTUNA:

Madre, acorta.

TEODORA:

Lleva ese cuerpo tieso y más gallardo,
graves los ojos, cósete la boca.
¿Qué bajos llevas?

FORTUNA:

El manteo pardo.

TEODORA:

¿Perfumaste las faldas?

FORTUNA:

Y la toca;
todo parece almizcle.

TEODORA:

Eres de perlas,
una curiosidad mucho provoca.

FORTUNA:

Las ligas llevo que es vergüenza verlas.

TEODORA:

¿Cuáles, las verdes?

FORTUNA:

Sí.

TEODORA:

Ponte las rojas.

FORTUNA:

Aún no pudimos acabar de hacerlas.

TEODORA:

¡Calla, necia! ¿De aqueso te congojas?
¿Esas piernas habrán menester galas?
Que sean tuertas, flacas, negras, flojas,
yo creo que de vicio te regalas;
ven y pondréte al cuello la bolsilla.

FORTUNA:

¡No me des, por tu vida, cosas malas!

TEODORA:

¿Y qué sabes tú de eso, rapacilla?
¿Con sola la hermosura se enamora?

FORTUNA:

¿Adónde está Castrucho?

TEODORA:

Por la villa;
no tengas miedo dél que viva un hora.

(Váyanse las dos.)

(Entren DON JORGE y CASTRUCHO.)

CASTRUCHO:

No hay para qué amenazarme
ni ponerme daga al pecho,
que parece que lo has hecho,
don Jorge, por no pagarme.
¿Que yo te he engañado, dices?

JORGE:

¿Quién sino tú?

CASTRUCHO:

¡Bueno es eso!

JORGE:

Estoy por perder el seso
y quebrarte las narices.
Bellaco hablador ¿no sabes
que a los tres nos has revuelto?

CASTRUCHO:

Creo que el diablo anda suelto.
¿Burla a tres hombres tan graves?

JORGE:

¿No dijiste que el Sargento,
por orden del Capitán,
me quiso dar solimán?

CASTRUCHO:

En eso es verdad que miento
¿mas no veis que soy burlón
y me tiene por gracioso?

JORGE:

¡Hi de puta, mentiroso,
sucio, infame, fanfarrón!
Si no fuera por manchar
de tan vil sangre la espada,

te diera una cuchillada.

CASTRUCHO:

Mejor estará por dar,
y más que yo la recibo
como si ya la tuviera,
que puesta en mi rostro fuera
como señal de cautivo.
Séllame, príncipe, dame,
abóllame aqueste rostro,
que humilde a tus pies me postro.

JORGE:

(¡Qué propia humildad de infame!)

CASTRUCHO:

Que me la des te requiero,
que de mano tan honrada
más vale una cuchillada
que de otra mucho dinero.
Mi buen deseo te obliga
y aunque tu valor repara,
haz de suerte que esta cara
«don Jorge me fecit» diga.

JORGE:

¿Quién anoche me llevó
a Fortuna quando iba
conmigo?

CASTRUCHO:

En galeras viva
si fui en quitártela yo:
ese traidor don Rodrigo.

JORGE:

¿Quién? ¿El maese de campo?

CASTRUCHO:

Ese mismo corre el campo
y es tu mayor enemigo.

JORGE:

¡Cómo!

CASTRUCHO:

Quiero declararte
lo que un sujeto acomete,
que es del Príncipe alcagüete
y principal por su parte.

JORGE:

¿Pues conoce el General
esa dama?

CASTRUCHO:

¡Pese a mí!
Conócela como a ti.

JORGE:

¡Eso no, por Dios, no hay tal!
Conocerla bien podrá

pero en modo diferente.

CASTRUCHO:
Hablándote claramente,
ahora la lleva allá,
que antes que subiese arriba
habló conmigo a la puerta,
y esta tarde se concierta
gran jira.

JORGE:
Todo lo priva;
él es gran competidor,
pero quiérole avisar
que le tengo de matar
como a bellaco hablador
si esta noche no me trae
a Fortuna que la goce
antes que toquen las doce.

CASTRUCHO:
(Brava maldición me cae.)
Pero no tengas temor,
que yo te doy la palabra
que saltando como cabra
llame a tu puerta, señor.
Y digo que si no fuere
verdad, que con esa espada

me des una cuchillada
donde mejor me estuviere.

JORGE:

Ahora bien, pues quede ansí.

CASTRUCHO:

Ansí queda, vete a Dios.

JORGE:

¿Cumpliraslo?

CASTRUCHO:

Por los dos.

JORGE:

Si no, guárdate de mí.

(**Váyase**.)

CASTRUCHO:

(¡Vive Dios, que si no fuera
por alborotar el brazo,
que le diera un cintarazo!)

JORGE:

¿Qué dices?

CASTRUCHO:

Que te sirviera
sin que me hicieras agravio.
(¡Vete con Dios, el gallina
que habla detrás de esquina!)
¡De puro coraje rabio!
Todos estos mozalbitos

que no han pasado fortunas
cogen a un hombre en ayunas
cuando ellos están ahítos.
No saben lo que es llevar
cólera el hombre cortada;
agora sí ¡pesia a nada!
estoy por ille a llamar.
(Entre el SARGENTO.)
Éste es... ¡ah, pléguete Diez!
¿Por dónde podré escaparme?

ÁLVARO:

¡Ah, ya no podrá burlarme
el fanfarrón esta vez!

CASTRUCHO:

Otra es ésta, pese a mí:
tras el relámpago, el rayo.

ÁLVARO:

¡Oh, mi señor papagayo,
de los más lindos que vi!
¿Cómo va de hablar?

CASTRUCHO:

Muy bien,
a servicio de los buenos.

ÁLVARO:

No os iréis désta a lo menos.

CASTRUCHO:

Vivas mil años, amén.
Pues bien, príncipe ¿qué hay?
¿Qué se suena del intento
del Emperador?

ÁLVARO:

¡Qué viento!
(Meta mano.)
¡Guarde, picarón!

CASTRUCHO:

¡Ay, ay!

ÁLVARO:

¿De sólo mirar la espada
lloras y tiemblas?

CASTRUCHO:

¿Pues no,
si he sido la causa yo
de que esté desenvainada?
¿Pues por ser tan mal cristiano
quiere desangrar mis poros
espada que contra moros
relumbrar suele en tu mano?
¡Qué hazañas con ella has hecho
en medio de esa campaña,

que de tu sangre se baña!
Ea, rey, pásame el pecho.

CASTRUCHO:

Tales grandezas escucho
de tus brazos, que es muy bien
que a ti la gloria te den
del haber muerto a Castrucho;
cuanto más, que si es la dama
que deseas la ocasión
de hacer esta sinrazón,
irá esta noche a tu cama,
que yo la tengo mandado
que a nadie palabra dé,
y esta noche la pondré
con esta mano a tu lado.

ÁLVARO:

¿Dasme la palabra de eso?

CASTRUCHO:

Pena de una cuchillada
de trece puntos bien dada,
que traspase carne y hueso.

(Entre el CAPITÁN.)

ÁLVARO:

El Capitán viene aquí
y te ha de pedir lo mismo.

CASTRUCHO:

¡Antes me trague el abismo
que le dé segundo sí!
Mas no te vayas, que quiero,
pues por ti no se la doy,
que me libres.

ÁLVARO:

Aquí estoy.

HÉCTOR:

¿Aquí estáis vos, caballero?

ÁLVARO:

Déjele vuesa merced,
que es un pobreto.

CASTRUCHO:

Sí, cierto,
y no hay que matar un muerto
de hambre, cansancio y sed.
Necesidad me ha traído
a andar en aquestas cosas.

HÉCTOR:

Ellas son harto graciosas;
buena trama habéis urdido.
El diablo la desenrede
si no es que vos la cortéis,
que según la revolvéis

ingenio de hombre no puede.

CASTRUCHO:

No hay que cortarme a mí nada,
que yo estoy presto y a punto
para...

HÉCTOR:

Oídme al punto:
¿dónde está la dueña honrada?

CASTRUCHO:

Hilando la dejé agora
uno destos copos grandes
que llaman pichel de Flandes.

HÉCTOR:

¿A quién?

CASTRUCHO:

La vieja Teodora.

HÉCTOR:

No os digo sino su hija.

CASTRUCHO:

Esa ayer te fue a buscar,
pero púdolo estorbar
cierto juego de sortija
de quien ha sido el padrino
don Rodrigo, y el ahijado
el General, que ha tomado

los puertos deste camino.
No tienes que hacerme mal,
que ahora el Sargento y yo,
como aquí se concertó,
matamos al General.
Digo que los dos iremos
a tu casa aquesta noche
y a caballo, a pie o en coche
a Fortuna llevaremos,
que él, por la gente de guarda
que don Rodrigo tendrá,
dice que espaldas hará
con su escuadra y alabarda.

(Esté desviado el SARGENTO.)

HÉCTOR:

¿Es lo que dice esto así
y que vos la llevaréis?

ÁLVARO:

Verdad es, si vos queréis,
y si no, perdono el sí.

HÉCTOR:

¿Que en efeto irá con vos?

ÁLVARO:

Irá como vos queráis.

HÉCTOR:

Mucho en eso me obligáis.
¡Pues alto! Castrucho, a Dios;
señor Sargento, allá espero.

(Váyase el CAPITÁN.)

ÁLVARO:

No he entendido aquesto bien.
¿No dijo que a mí me den
la dama?

CASTRUCHO:

¿Pues no? ¡El primero!
¿Pues entendiste otra cosa?

ÁLVARO:

¿Dijo que allá me esperaba?

CASTRUCHO:

Sí, a cenar te convidaba.

ÁLVARO:

¡Ay, ocupación forzosa!
Mucho debo al Capitán,
pues luego se fue de aquí.

CASTRUCHO:

¿No es mucho dártela a ti
siendo el primero galán?

ÁLVARO:

Aun no lo digo por eso.

CASTRUCHO:

Pues ¿por qué?

ÁLVARO:

Porque juraba
de darte, si te encontraba,
las gracias del buen suceso.

CASTRUCHO:

¿Qué gracias?

ÁLVARO:

Dos cuchilladas.

CASTRUCHO:

(¡Bravamente me escapé!)

ÁLVARO:

¿Qué dices?

CASTRUCHO:

Que a un turco dé
esas gracias tan pesadas.
Ahora bien, vete con Dios,
que a la hora que te digo
será Fortuna contigo.

ÁLVARO:

Ésa nos valga a los dos,
porque donde aquésa falta
todo es trabajo, Castrucho.

CASTRUCHO:

Yo sé que la quieres mucho.

ÁLVARO:

¿Al fin la traerás?

CASTRUCHO:

Sin falta.

(Vase el SARGENTO.)

CASTRUCHO:

Bueno quedo, a gran poder
de un miedo al fin de morir.
¿Cómo tengo de acudir
a tres con una mujer?
Necio he sido en concertallos
para un mismo punto y hora;
pero valdrame Teodora,
que sabe enfrenar caballos.
Dos mozos tengo, que son
Escobarillo y Beltrán,
en el talle y ademán
de mujeril condición.
A estos dos vestiré
como mujeres, y luego
a uno y otro amante ciego
la palabra cumpliré,
que al Capitán ya yo tengo
una vieja que le dar

que le sabrá regalar;
pues ¡alto! ¿En qué me detengo?

CASTRUCHO:

Sólo este engaño ha de ser
el que me ha de remediar;
mas bueno será pensar
lo que puede suceder.
Pero alarguemos el paso
y la ventura se intente,
que nunca es hombre valiente
el que mira el fin del caso.

(Váyase CASTRUCHO.)

(Entren el GENERAL, FORTUNA y DON RODRIGO.)

GENERAL:

Digo que es pieza de rey
y que me agrada en estremo.

RODRIGO:

(Que se ha enamorado temo.
¡Oh, villano amor sin ley!
Si la quiere como muestra,
sin ella vengo a quedarme.)

GENERAL:

Basta, mi bien, a abrasarme
la menor perfección vuestra,
que vuestro gentil donaire,

más que el amor con sus tiros,
me obliga a que con suspiros
encienda mi pecho el aire.
De vos aqueste jardín
ha hecho una bestia hermosa
hurtando el color la rosa
y la blancura el jazmín.

RODRIGO:

(Rematado está, por Dios.)

FORTUNA:

No hay obligación que mande
que me hagáis merced tan grande.

GENERAL:

Esto y más se os debe a vos.

RODRIGO:

(Esto y más merezco yo,
pues pudiendo ser primero
gozar como necio quiero
lo que otro desechó.)

GENERAL:

¿Quién os trujo aquesta guerra?

FORTUNA:

Un hombre, a más no poder,
que con nombre de mujer
me ha sacado de mi tierra.

GENERAL:

¿Y está en el lugar el hombre?

FORTUNA:

Sí, señor.

GENERAL:

¿Pues es soldado?

FORTUNA:

En aventurero ha dado,
no le conozco otro nombre.

GENERAL:

¿Es hidalgo?

FORTUNA:

Es bien nacido.

GENERAL:

Bien le debes de querer.

FORTUNA:

Ya, señor ¿qué puedo hacer
después de ser mi marido?
Aunque no tengo esperanza
que la palabra ofrecida
se verá jamás cumplida.

GENERAL:

No perdáis la confianza,
que yo me ofrezco, si puedo,
y sí creo que podré,
hacer que la mano os dé,

y por fiador suyo quedo.

FORTUNA:

Bésoos las manos, señor,
por bien tan alto, pues es
el de mayor interés
y de mi bien el mayor.
Vuestro valeroso nombre
de hoy más en el alma estampo.

GENERAL:

¡Hola! Maese de campo,
haréisme llamar ese hombre.

RODRIGO:

¿Quieres ser casamentero?

GENERAL:

Quiero en aquesta ocasión
pagarle la obligación
que desta venida espero.

(Entre un PAJE.)

PAJE:

Aquí ha venido agora el Duque Enrico
que de parte del César viene a hablarte.

GENERAL:

¡Noramala vengáis!

RODRIGO:

(Mas norabuena.)

GENERAL:

Nunca falta un azar.

RODRIGO:

(Para mí ha sido
más que dichoso y más que alegre encuentro.)

GENERAL:

Entretenedme, don Rodrigo, un poco
esta dama gentil mientras despacho
este prolijo y enfadoso Duque.
¿No dije yo, rapaz, que me negasen?

PAJE:

Sabía ya que estaba Su Excelencia
desde aquesta mañana en este huerto.

GENERAL:

No recibáis enojo, que ya vuelvo.

(Váyase el GENERAL.)

RODRIGO:

A gran ventura he tenido
que a solas nos han dejado,
mi alma, con vuestro olvido,
para ver si mi cuidado
despierta vuestro sentido.
¿Habéis conocido acaso
lo que por vos sufro y paso?

¿No me habéis visto en los ojos
los celos, rabias y enojos
en que esta tarde me abraso?
¿No veis mi arrepentimiento
de haberos traído aquí?

FORTUNA:

Veo vuestro sentimiento,
pero ya no hay fuerza en mí
que venza vuestro tormento.
Quien le tuvo y tiempo aguarda,
y viendo la ocasión tarda,
pues que no merece silla,
como dicen en Castilla...

RODRIGO:

Ya entiendo, merezco albarda.
Pero pues sabéis quién soy,
cuando hayáis muerto la llama
déste a quien sujeto estoy
¿no vendréis conmigo, dama,
a cierto jardín que voy?

FORTUNA:

Como mi madre lo quiera,
y vamos donde me espera,
con su licencia iré cierto.

RODRIGO:

Pues alto: quede el concierto
firmado de esa manera.
Dadme la mano.

FORTUNA:

Tomad.

RODRIGO:

Servíos desta cadena
en prendas desta amistad.

FORTUNA:

Creed, señor, que encadena
la vuestra y mi voluntad.

RODRIGO:

Este paje nos ha visto,
que nunca un testigo falta.

FORTUNA:

A fe que es agudo y listo.

RODRIGO:

Él se lo dirá sin falta,
con su señor me enemisto;
¡Hernandico!

PAJE:

¿Qué me mandas?

RODRIGO:

¿Cómo en aquesta ocasión
sin juego y dineros andas?
Toma, juega ese doblón,
salte afuera a las barandas.

PAJE:

Vivas, príncipe, mil años.

(Váyase el PAJE.)

RODRIGO:

La soldura de los daños
dicen que es el interés.

FORTUNA:

Y el silencio dicen que es
de las mentiras y engaños.

(Entre el GENERAL.)

GENERAL:

Ya queda aquel prolijo despachado,
por vida mía, al cenador entremos
para que os vais después de haber cenado,
que más despacio quiero yo que hablemos;
a don Rodrigo quedará avisado
cuándo tendré lugar.

FORTUNA:

Siempre estaremos
mi madre y yo esperando que nos mandes.

RODRIGO:

¡Oh, qué bien se negocia! No hay más Flandes.

(Vanse todos.)

(Entre DON ÁLVARO.)

ÁLVARO:

Ya son cerca de las nueve
y no cumple este Castrucho
la palabra que me debe.
¡Oh, cómo el que espera mucho
juzga largo el tiempo breve!
Llegarme quiero a la puerta,
¡por mi vida! que está abierta.
¡Hola! ¿A quién digo?

CASTRUCHO:

¿Quién es?

(CASTRUCHO saca la cabeza a la puerta.)

ÁLVARO:

El Sargento. ¿No me ves?

(Salga cubierto ESCOBARILLO, que es mujer BRISENA.)

ESCOBARILLO:

Ya te esperaba cubierta.

ÁLVARO:

Dame, señora, esa mano.

CASTRUCHO:

¿Vais contento?

ÁLVARO:

¿Pues no había?

Ea, a Dios, Castrucho hermano.

(Vase el SARGENTO y BRISENA.)

CASTRUCHO:

Antes que amanezca el día

descubriréis el pantano.

Ya viene otro aventurero

a la red, como el primero.

(Entre DON JORGE.)

JORGE:

Ellos son hombre y mujer,

cosa que viniese a ser

segunda vez majadero.

A esta hora me mandó

Castrucho venir aquí;

si es que al Sargento la dio...

Llamaré.

CASTRUCHO:

¿Quién está ahí?

(Asómase CASTRUCHO.)

JORGE:

¿No me conoces?

CASTRUCHO:

¿Quién?

JORGE:

Yo.

CASTRUCHO:

¿Es don Jorge?

JORGE:

Sí.

CASTRUCHO:

Pues lleva
tu dama.

JORGE:

¿De veras?

CASTRUCHO:

Sí.

(Salga LUCRECIA, vestida de mujer y cubierta.)

LUCRECIA:

Véisme aquí.

JORGE:

¿No hay más que os deba?
Vamos, mi bien, por aquí.

CASTRUCHO:

Allá os aguardo a la prueba.
Sólo falta el Capitán,
mas ya como en cebo dan
también acude a la red.
Ce, llegue vuesa merced.

¿Qué digo? ¡Ah, señor galán!

[Entre DON HÉCTOR.]

HÉCTOR:

¿Es Castrucho?

CASTRUCHO:

¿No me ve?

HÉCTOR:

¿Cómo el Sargento no vino?

CASTRUCHO:

¿El Sargento? ¿Para qué?
Tu dama sale al camino,
que el otro a buscarte fue.

(TEODORA, con manto cubierta.)

HÉCTOR:

¡Oh, gloria del alma mía!
Castrucho, no hay que esperar,
veámonos otro día.

[Vanse el CAPITÁN y TEODORA.]

CASTRUCHO:

La vieja lleva a acostar,
¡qué graciosa niñería!
Ellos van bien despachados,
pues van todos tres burlados;
por Fortuna quiero irme
y esta noche prevenirme

de confesar mis pecados.
(**Vase**.)

(Entre el GENERAL con el PAJE y acompañamiento.)

GENERAL:

¿Que eso me cuentas y que al fin quedaron
concertados de verse aquesta noche
y una cadena le ha dejado en prendas?

PAJE:

Excelente, señor, aquesto pasa
y a mí, porque callase, me taparon
con un doblón la boca, de la suerte
que a Efestión el sello de Alejandro.

GENERAL:

¡Que tenga don Rodrigo atrevimiento
para emprender lo que tan claro sabe
que puede resultar en mi disgusto,
y que sabiendo que el lugar no ha dado
tiempo para gozar de aquesa dama,
aquesta noche misma se la lleve
y piense estar con ella a pesar mío!
¡Hola!

PAJE:

Señor.

GENERAL:

En punto de las nueve
haced que toquen a rebato y sea
fingida con secreto un arma falsa,
que quiero hacer que salga de su cama
y deje la mujer a su disgusto,
que en tanto que viniere a ver qué es esto
yo haré que dos soldados se la quiten.

PAJE:

Todo se hará, señor, como lo mandas.

GENERAL:

De mucho atrás estamos encontrados,
que no se ofrece lance que no piense
que sólo con su azar puede matarse.
Tóquese al arma luego al punto ¡hola!
Sea secreto y una vez tan sola.
(**Váyase**.)

(DON RODRIGO y FORTUNA.)

FORTUNA:

En deuda os estoy muy grande
por acompañarme agora.

RODRIGO:

Basta el ser vos mi señora
cuando el amor no lo mande.
De vuestra madre he querido
tomar, señora, licencia

para aquesta breve ausencia,
y por daros gusto ha sido.
Que no sufriera la fuerza
del amor, que os tengo tanto,
sino ver el alma cuánto
vuestra esperanza la esfuerza.

FORTUNA:

Sin mi madre no dispongo
destas cosas aunque puedo,
que como la tengo miedo
toda en sus manos me pongo.
Vuesa merced me perdone
y lleguemos a su casa.

RODRIGO:

Todo este tiempo que pasa
en mayor fuego me pone
porque tan gran dilación,
por hacer mayor el bien,
podrá matarme también
antes de ver la ocasión.

FORTUNA:

¿Tan enamorado estáis?

RODRIGO:

Vos misma lo juzgaréis
cuando al espejo miréis

los ojos con que matáis.
Digo que estoy como un loco.

FORTUNA:
¿Tan presto? Guárdeme Dios.
RODRIGO:
Para perderse por vos
el haberos visto es poco.

FORTUNA:
Salgamos de aquesta plaza,
que hay soldados por aquí.

RODRIGO:
¿Dirá vuestra madre sí?
FORTUNA:
Como saliere la caza,
porque es más interesable
que si en Génova naciera,
y sin interés no hay fiera
tan dura y inexorable.

RODRIGO:
En eso consista el bien
que el alma espera de vos.

(Entre CASTRUCHO.)
CASTRUCHO:
Digo que son estos dos.

RODRIGO:

¿Quién va allá?

CASTRUCHO:

Un amigo.

RODRIGO:

¿Quién?

CASTRUCHO:

Castrucho.

RODRIGO:

Venga en buen hora.

FORTUNA:

Pues, Castrucho ¿qué hay de nuevo?

CASTRUCHO:

Las malas noches que llevo
por esta vieja Teodora.

FORTUNA:

¿Cómo así?

CASTRUCHO:

Fuese de casa.

RODRIGO:

En efeto, no está en ella.
(Oyó el amor mi querella
desde el fuego que me abrasa.)
No hay para qué nos cansemos,
a mi alojamiento vamos.
(Toquen dentro una caja al arma, y voces que digan «arma, arma».)

Paso, deteneos, oyamos.

CASTRUCHO:

¡Oíd!

FORTUNA:

¿De qué hacéis estremos?

RODRIGO:

¡Al arma tocan, por Dios!
¡Oh, pesar de mi linaje!
O he de hacer a mi honra ultraje
o he de perderos a vos.
Pero no os quitéis de aquí,
que yo sabré lo que es esto;
Castrucho, guárdame el puesto.

CASTRUCHO:

Fiad la posta de mí.

(**Váyase**.)

FORTUNA:

No sabe con quién me deja.

CASTRUCHO:

Ni aun tú lo puedes saber.
¿Qué has ganado desde ayer?

FORTUNA:

Pregúntaselo a la vieja;
no estoy en tiempo que pueda
sufrir infamias tan grandes.

CASTRUCHO:

Pues qué ¿no corre hasta Flandes
de nuestro Rey la moneda?
He de asentalle los cinco.

FORTUNA:

¡Estate quedo, bellaco!

CASTRUCHO:

¿Qué te han dado?

FORTUNA:

Ya lo saco.

CASTRUCHO:

(¡Qué bien la lanza la hinco!)

(Entre el SARGENTO.)

ÁLVARO:

¡Ah, soldados, ea, al arma!
¡A la plaza, pese a mí!
¿Qué hacen parados aquí,
que todo el mundo se arma?

CASTRUCHO:

Tápate.

FORTUNA:

Ya estoy cubierta.

CASTRUCHO:

¿Es el Sargento?

ÁLVARO:

Yo soy.

CASTRUCHO:

¿Dónde bueno?

ÁLVARO:

Acudir voy
al arma que nos despierta.
¡Ah, Castrucho, y a qué tiempo
me levantó de la cama!

CASTRUCHO:

Pues qué, ¿gozaste la dama?

ÁLVARO:

Con gran gusto y pasatiempo.

CASTRUCHO:

(¡Oh, pese a quien me parió!
¡Oh, bellaco Escobarillo!
¡Vive Dios que he de dicillo
a la justicia! ¡Eso no!)
¿Con el muchacho?

ÁLVARO:

¿Qué dices?

CASTRUCHO:

Yo me entiendo y tú me entiendes.

ÁLVARO:

¿De lo que digo te ofendes?

CASTRUCHO:

(Quemado hasta las raíces.)

(Entre el ALFÉREZ y el CAPITÁN.)

HÉCTOR:

Pasad delante y juntad
la escuadra de vuestra gente.

JORGE:

¿Quién es?

ÁLVARO:

¿Quién va allá?

HÉCTOR:

Detente.

JORGE:

Muy buen encuentro, en verdad.
¿El Sargento con Castrucho?

HÉCTOR:

Castrucho ¿qué te parece
de la ocasión que se ofrece?

CASTRUCHO:

Ahora lo poco es mucho.

HÉCTOR:

Bien me pareció la dama.

CASTRUCHO:

¡Pesia tal! ¿Ya la gozaste?

JORGE:

Como tan bien le ocupaste...

CASTRUCHO:

¿Y adónde queda?

HÉCTOR:

En la cama.

CASTRUCHO:

(¿No digo yo que es Teodora
hechicera hasta no más?)
Y tú, don Jorge ¿no has
gozado de tu señora?

JORGE:

¿Teniendo yo lo mejor
había de estar en eso?
¿No soy tan mozo y travieso
como cualquier amador?

CASTRUCHO:

(Otro bellaco tenemos.
¿A Beltrán no le entregué?)

JORGE:

Con mis ruegos la cansé,
con mis suspiros y estremos.

CASTRUCHO:

(¿Pues no habia de defenderse,
pesar de quien me parió?
¿Que en efeto le forzó?

¡Vive Dios que ha de saberse!)

HÉCTOR:

¿Cómo es esto? ¿Estamos todos
acomodados de dama?

ÁLVARO:

La mía dejo en la cama
y aun a fe que es de los godos.

JORGE:

Yo también dejo la mía.

HÉCTOR:

Y yo la mía ¡por Dios!

ÁLVARO:

¿Adónde hallaste otras dos,
Castrucho?

CASTRUCHO:

En la herrería.

HÉCTOR:

¿Que Castrucho os dio las vuestras?

JORGE:

A mí a Fortuna me dio.

ÁLVARO:

A Fortuna tengo yo.

HÉCTOR:

Tres Fortunas son las nuestras:
yo también tengo a Fortuna.

CASTRUCHO:

¡Oh, que bien afortunados!

HÉCTOR:

¡Engaño es éste, soldados,
pues tenemos tres y una!

ÁLVARO:

Asid aquese picaño
y vaya alguno por ellas.

HÉCTOR:

Pues ¡sús! yo voy a traellas,
que sé que es vuestro el engaño.

ÁLVARO:

Id volando ¡pese a tal!
que me tiembla el corazón.

JORGE:

¿Qué has hecho, infame ladrón?

CASTRUCHO:

Paso, nadie me haga mal,
que descubriré la fiesta.

ÁLVARO:

¿Qué fiesta?

CASTRUCHO:

Fiesta de fuego;
denme campo franco luego
o cantaré lo que resta.

ÁLVARO:

¿Qué has de cantar, sentenciado?

CASTRUCHO:

¿Luego Escobar y Beltrán
no son las damas que han
el uno y otro gozado?

ÁLVARO:

¿Yo a Escobar?

JORGE:

¿Yo a Beltranico?

ÁLVARO:

Que sea Escobar puede ser,
mas vive Dios que es mujer.

CASTRUCHO:

Desa sentencia replico:
¿luego confiesas que has
hecho delito tan feo?

JORGE:

¿Yo a Beltranico? No creo
que pueda ser.

CASTRUCHO:

¡Bueno estás,
que también pecaste tú!

JORGE:

Digo que es sin falta alguna
mujer, y que sea Fortuna
yo no lo afirmo.

CASTRUCHO:

¡Jesú!
Déjenme, que les importa,
o daré voces al cielo.

ÁLVARO:

¡Matalde!

JORGE:

Estoy hecho un yelo.
Saber lo que es me reporta.

(Entre el CAPITÁN con las tres mujeres cubiertas, que son LUCRECIA, que era Beltrán, ESCOBAR, que es Brisena, y TEODORA la vieja, y DON RODRIGO y el GENERAL detrás.)

GENERAL:

En verdad, Capitán, que es buena hora,
tú que al Héctor de Troya te prefieres,
de socorrer al arma guerreadora
con una escuadra infame de mujeres.
¿Adónde ibas, di, villano, ahora?
Responde libremente, no te alteres.
¿Dónde las llevas, dónde? Habla, comienza.

HÉCTOR:

Impídime, señor, cierta vergüenza;
para decir verdad, este soldado,
este Castrucho, este demonio de hombre;
al Sargento y Alférez ha engañado
y a un hombre de mis prendas y mi nombre.
Por una, tres mujeres nos ha dado,
ríase tu Excelencia y no se asombre,
porque es el más astuto y más asperto
que tiene aqueste campo.

GENERAL:

¿Cierto?

HÉCTOR:

Es cierto.

GENERAL:

¿Eres tú aquel que trajo aquella dama
que vino aquí desde Sevilla?

CASTRUCHO:

El propio.
Yo soy Castrucho «el bravo», cuya fama
vuela en el mundo y no con nombre impropio.
Al fin, entre las cosas que derrama
de algunos libros que traslado y copio,
quiero poner la burla que se ha hecho
a tres hombres de tanto nombre y pecho.
Y así, si lo permite tu Excelencia,
descubriré estas damas, si hay alguna.

GENERAL:

Para todo, Castrucho, doy licencia.

(Descubre la vieja.)

CASTRUCHO:

Ésta gozó don Héctor el de Osuna,
porque andando los tres en competencia
sobre cuál de los tres goza a Fortuna,
a dos muchachos y esta vieja he puesto
de la manera que los ves.

GENERAL:

¿Qué es esto?

(Descúbrelos a todos.)

RODRIGO:

¿Éstos mujeres son?

ESCOBARILLO:

A tu servicio.
Yo soy Brisena, dama y española,
que siguiendo al Sargento he dado indicio
de aquesta voluntad única y sola;
como burlarnos es del hombre oficio,
allí en Valladolid, donde enarbola
la vez primera su estandarte, diome
palabra de marido y deshonrome.
Y en hábito de paje, por criado
de Castrucho he venido desta suerte
donde con el vestido propio he dado

segunda fuerza al juramento fuerte.
Suplícote, señor, pues has llegado
a tiempo tal, si mi justicia advierte
tu gran valor, que pues que soy tan buena,
no quede sin marido en tierra ajena.

LUCRECIA:

Eso mismo, señor, suplico y pido,
que con don Jorge, cuando el campo estaba
a vista de Milán, como a marido
comuniqué las prendas que guardaba.
Lucrecia soy, mi padre fue Leonido,
artillero mayor de quien amaba
el César tanto como sabes. Muestra
tu gran valor en darnos la honra nuestra.

GENERAL:

¡Buen término, por cierto, de soldados
dar palabra a mujeres tan honradas
y dejar a sus padres deshonrados
y a ellas juntamente deshonradas!
Pero esta vez han de quedar casados
y ellas de su valor galardonadas:
denles las manos, yo lo mando y ruego
o he ¡por vida del Rey! de ahorcarlos luego.

(Dense las manos los cuatro y descúbrase FORTUNA.)

FORTUNA:

Ya que a todas, señor, les das marido,
aquí estoy yo, tu esclava, con Teodora.

GENERAL:

¡Oh, señora, a buen tiempo habéis venido;
cumpliros quiero la palabra ahora!
Castrucho, informaciones he tenido
de lo que le debéis a esta señora:
dalde la mano luego.

CASTRUCHO:

En ello gano,
y pongo en vuestros pies mi boca y mano.

GENERAL:

Yo os doy en dote una jineta y quiero
que seáis capitán de infantería,
porque de un hombre tan astuto espero
que se han de ver grandezas algún día.

CASTRUCHO:

La vuestra ha sido de tan gran guerrero.
El cielo cumpla la esperanza mía
y acabe aquí, porque tardamos mucho,
vida y costumbres del galán Castrucho.

FIN DE LA COMEDIA DE EL GALÁN CASTRUCHO

Índice

Elenco I	4
Acto I	5
Elenco II	60
Acto II	62
Elenco III	124
Acto III	125